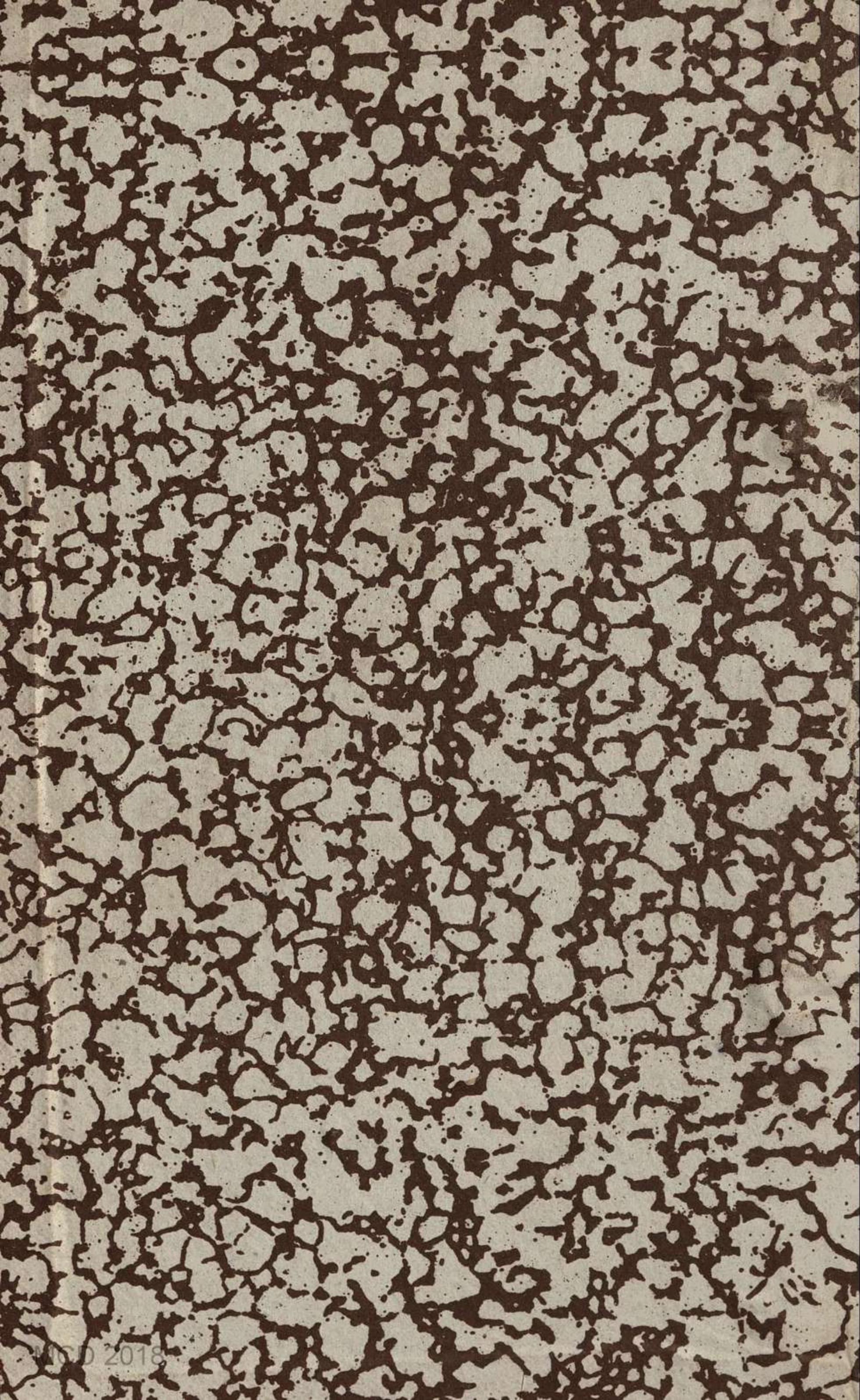


ATENEAE

1925

3

冊





Año IV

1925

Núm. 8

Ateneea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Prof. Dr. Alejandro Lipschütz:

La autonomía del corazón □ Abraham Valenzuela:

Principios del Renacimiento y de la cultura moderna □ Fer-

nando García Oldini: *Curso de la moción chilena ante*

la Conferencia de la Prensa de la Sociedad de las Naciones □ Gonzá-

lez Vera: *El reloj de la pobreza* □ Ricardo Donoso: *El Diablo*

en Alhué □ Hombres, ideas y libros: Marcelle Au-

clair: *Antología de la nueva prosa francesa* □ Jean Prévost:

Instrospección y Literatura □ Ananta Vijaya: *Alfredo de*

Vigny.—Edgardo Allan Poe □ Raúl Silva Castro: *Pro-*

sistas chilenos jóvenes: Marta Brunet □ NOTICIARIO □

EX - LIBRIS □ GLOSARIO DE REVISTAS

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 2.00 ~ Octubre 31 de 1927

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago
Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO IV

OCTUBRE 31 DE 1927

NÚM. 8

Prof. doctor Alejandro Lipschütz

La autonomía del corazón

Publicamos a continuación la primera de las tres conferencias pronunciadas en el Instituto de Fisiología de la Universidad de Concepción, bajo el título común que ésta lleva. La continuación del estudio del doctor Lipschütz se insertará en nuestros números siguientes.

I

La autonomía del corazón y de sus partes.—El origen y la conducción de los impulsos en el corazón.—La teoría neurogena y la miogena.

EN el año próximo se cumplen tres siglos desde que *Harvey* publicó su célebre trabajo «*Estudio Anatómico sobre el movimiento del corazón y de la sangre en los animales*». Significaba este trabajo,—basado en datos de investigadores anteriores, pero, en su mayor parte, en observaciones anatómicas y

experimentales de *Harvey* mismo,—una orientación nueva en la fisiología de la circulación de la sangre. Desde *Harvey*, conocemos la circulación en circuito cerrado, con el corazón como motor, y que se realiza por las grandes venas y se vacía en las grandes arterias, sirviendo una cantidad de sangre más o menos constante para la circulación. Faltaban todavía, en el cuadro de la circulación de *Harvey*, los conocimientos exactos sobre los capilares. *Harvey* los adivinó. *Malpighi*, unas tres décadas después, los demostró microscópicamente en el pulmón de la rana.

Los descubrimientos de *Harvey* y aún más, su gran obra de síntesis, significaba, como he dicho, una nueva orientación; pero, como sucede siempre en la ciencia, fué al mismo tiempo el punto de partida para nuevos problemas y nuevas investigaciones. La síntesis de *Harvey* parece, a primera vista, como el cumplimiento del conocimiento sobre la circulación de la sangre—y hoy día, tres siglos después de *Harvey*, estamos en un período de nuevos grandes descubrimientos y nuevos problemas en la fisiología del corazón y de los vasos sanguíneos. No sería posible exponer en unas pocas conferencias toda la obra experimental que se ha hecho en las últimas décadas en este campo de la fisiología, que toca tan de cerca a los intereses del médico. Se refieren estos nuevos problemas tanto al corazón como a los vasos sanguíneos. Vamos a ocuparnos en estas tres conferencias solamente del corazón y especialmente de los nuevos problemas de la autonomía de este órgano.

Todos ustedes conocen el hecho de que el corazón aislado del organismo continúa contrayéndose. Se revela por esto que el estímulo que produce las contracciones rítmicas del corazón no es traído por los nervios extrínsecos, el vago o el simpático, y se propone aquí inmediatamente la cuestión de los *estímulos responsables* para el ritmo *autónomo* del corazón. Se comprende que, en primer lugar, se han buscado los estímulos en la sangre que irriga al corazón. La sangre, con sus diferentes constantes físicas y químicas, representaría el complejo de estímulos responsables. Es cierto que la sangre, con su presión

osmótica característica, con su combinación equilibrada de iones, con su viscosidad, con su glucosa y otras sustancias orgánicas, es una suma de condiciones que hacen posible la función rítmica y autónoma del corazón. Experimentos repetidos muchas veces no permiten dudar que los factores sanguíneos enumerados favorecen el mantenimiento de las contracciones rítmicas del corazón aislado y aún favorecen la recuperación de su función autónoma después que el órgano se ha detenido. Hace diez años, el fisiólogo holandés *Zwaardemaker*, estudiando la influencia de los iones de potasio sobre el corazón, demostró que es de la *radioactividad* aún muy débil del potasio de lo que se trata, pudiendo reemplazarse el potasio en el suero fisiológico, que asegura el mantenimiento del ritmo autónomo del corazón aislado, por otras sustancias radioactivas. Las cantidades de las sustancias radioactivas que reemplazan al potasio, son tanto menores, cuanto mayor sea la radioactividad de las sustancias respectivas.

Pero sería un gran error suponer que una, varias o todas las constantes de la sangre, de las cuales hablamos, sean la causa o el momento que explicaría la autonomía del corazón. Un ejemplo sencillo mostrará a Uds. el error fundamental que hay en tomar esas constantes como los verdaderos factores responsables de la autonomía del corazón. El músculo gastrocnemio, u otro aislado del organismo, sobrevive un cierto tiempo, y sabemos que su función fuera del organismo puede mantenerse y favorecerse por los mismos factores sanguíneos que enumeramos más arriba como factores responsables del mantenimiento de la función autónoma del corazón aislado. Pero el músculo aislado no se contrae si no se estimula artificialmente; su función no es autónoma aunque se trata de los mismos factores sanguíneos, fuera de la fibra muscular en el gastrocnemio y en el corazón. Es claro que no podemos buscar el momento responsable para la función *autónoma* del corazón en los factores sanguíneos, sino que debe buscarse este momento en el corazón mismo. Si en la fisiología hablamos de una función autónoma

de un órgano cualquiera, indicamos con esto que hay *factores intrínsecos, factores celulares*, responsables.

El primer paso para buscar la explicación de la autonomía del corazón en este órgano mismo, es estudiar experimentalmente la autonomía de las diferentes partes aisladas del corazón. Unas observaciones sencillas ya revelan el hecho fundamental de que la autonomía no es igual en todas las partes del corazón. Observando el corazón del conejo después de vaciarse los vasos sanguíneos o después de detenerse la respiración, puede constatar que la cesación de las contracciones no se verifica simultáneamente en todas las partes del corazón. La aurícula derecha es la última que se detiene. Y es un hecho significativo que la aurícula derecha sea la primera que en el huevo del pollo comienza a contraerse. El «primero movens» y el «último moriens». Evidentemente, las diferentes partes del corazón son distintas en cuanto a su capacidad para mantener, fuera de las condiciones normales, su autonomía, y como las observaciones relatadas lo demuestran, la aurícula derecha ocupa un lugar especial en este sentido. Y más, puede aún revelarse una diferencia entre las diferentes partes de la aurícula derecha. *H. E. Hering* demostró, ya muchos años atrás, que en el corazón de los mamíferos, la porción de la aurícula derecha que se encuentra entre las venas cavas continúa contrayéndose todavía, cuando ya se han detenido todas las otras partes de la pared muscular de dicha aurícula. Ultimamente, se ha demostrado por estudios electrocardiográficos que esto se aplica también al corazón humano después de haber ocurrido ya clínicamente la detención del corazón y la muerte.

La preponderancia de la aurícula derecha en la autonomía del corazón puede estudiarse en sus diferentes aspectos y muy fácilmente en la rana. En 1851, *Stannius*, en Rostock, hizo hallazgos importantísimos en cuanto a las relaciones que existen en la rana entre las diferentes partes del corazón. Son las llamadas «ligaduras de *Stannius*», que probablemente todos Uds. recuerdan de sus clases de fisiología. En el corazón de la rana, las tres grandes venas forman un seno que se abre en la auri-

cula derecha. *Stannius* separó el seno de la aurícula, sea por una ligadura, sea por un corte, y constató que las aurículas y el ventrículo se detuvieron inmediatamente después de hacerse la intervención (primera ligadura). Por otra parte, *Stannius* puso una ligadura entre las aurículas y el ventrículo (segunda ligadura), y constató que el ventrículo se contrae con un ritmo dos a tres veces menor que el del seno y el de las aurículas, que están en conexión con el seno; es el fenómeno que hoy día llamamos el *blocaje* del corazón. Si en el mismo corazón, después de la primera ligadura, se hace la segunda, el ventrículo recupera sus contracciones, mientras que las aurículas, que se encuentran separadas entre ambas ligaduras, quedan tranquilas e inmóviles. Sucede lo mismo con la parte apical o la punta del ventrículo, que después de separarse del ventrículo entero, tampoco revela contracciones autónomas.

Se establece, por las observaciones clásicas de *Stannius*, no solamente el hecho de que la aurícula derecha ocupa una parte preponderante en la autonomía del corazón, sino también, como vemos, otro hecho fundamental, esto es, que ciertas partes del corazón de la rana están totalmente privadas de autonomía: ellas son, las aurículas a excepción del seno, y la parte apical del ventrículo. Se confirma esto, también, por el experimento de la estimulación eléctrica. Si la punta inmóvil aislada del corazón, se estimula por una sola sacudida de la corriente de inducción, se produce una sola contracción, lo mismo que en una fibra muscular cualquiera, por ejemplo, del *gastrocnemio* aislado; por estimulaciones repetidas, se establece un ritmo que corresponde al ritmo de la estimulación.

La preponderancia del seno venoso en el ritmo autónomo del corazón se revela también por otras observaciones experimentales. El fisiólogo inglés *Gaskell* hizo, en 1882, un calentamiento local del seno venoso, y constató que se produce un aumento de la frecuencia de las contracciones cardíacas. No se produce un aumento de la frecuencia si el calentamiento local se hace en el ventrículo mismo.

Es claro que la autonomía de las distintas partes del corazón

es diferente, en el sentido de que el ritmo autónomo no es igual en todas las partes y que el seno venoso imprime, por decirlo así, o dicta su ritmo superior a las otras partes del corazón.

Todos estos hechos experimentales son bien conocidos de Uds.; disculpadme que los haya mencionado. Lo hago porque esclarecen el problema fundamental y tan moderno del *origen* de los estímulos autónomos y de su *conducción*: los estímulos, evidentemente, se originan en ciertas partes solamente y se conducen de aquí a otras. Se originan, en la rana, en el seno venoso, en el límite aurículo-ventricular, en el bulbo arterial; los experimentos de *Stannius*, de *Gaskell* y de muchos otros que trabajaron después, lo revelan.

Podemos aprovechar también un análisis de las ligaduras de *Stannius* para entrar inmediatamente en la discusión del problema de las células en que se originan y se conducen los estímulos autónomos. Se sabe en que el corazón, y especialmente cerca de los lugares en que se hacen las dos ligaduras, se encuentran ganglios; no molestaré a Uds. con su anatomía. Una detención del corazón por la primera ligadura podría explicarse por una estimulación mecánica de un ganglio o centro inhibitor en el lugar de la ligadura; la recuperación de las contracciones ventriculares por la segunda ligadura, podría explicarse por una estimulación de un centro motor entre las aurículas y el ventrículo. Podría suponerse, también, que se encuentra un centro motor en el seno y que por la primera ligadura se bloquea el camino para los estímulos que se originan en el ganglio del seno. Esto querría decir que los estímulos responsables para el ritmo autónomo del corazón se originan en los ganglios intracardíacos y se conducen por vías nerviosas de una parte del corazón a la otra. Es la teoría *neurógena* o *ganglionar*, formulada y aceptada por ilustres fisiólogos como *Joh Müller*, *Volkmann Munk* y muchos otros.

Son muchas las objeciones hechas por diferentes investigadores contra la teoría neurógena. Ya *Bidder*, que descubrió el ganglio ubicado en el septum auricular cerca del límite aurículo-ventricular, hizo el experimento de ablación del ganglio en la

rana, y constató que esta intervención no importa para el ritmo del corazón. *Gaskell* lo confirmó en la tortuga, y como anteriormente *Eckhardt*, constató que tampoco importa la sección de los nervios que pasan por el septum auricular. La obra de *Gaskell* fué continuada con una técnica maravillosa por *Engelmann* y por *F. B. Hofmann*, que operaban sobre el corazón de la rana. *Engelmann* y también *Hofmann* mostraron que por una compresión adecuada del corazón, puede excluirse la conducción de los impulsos inhibidores del vago, conservándose la conducción del seno a los ventrículos. *Hofmann* sacó del corazón casi la totalidad de los ganglios, sin que el corazón se detuviera o sufriera un trastorno del ritmo. Demostró también *Hofmann* que en preparaciones semejantes, la separación del seno causaba la detención característica de la primera ligadura. Es claro que no puede tratarse, en estas condiciones experimentales, de una detención por estimulación de un centro inhibitor o por bloquear el camino de los impulsos nerviosos, pues el ganglio respectivo no está ya presente. Parece posible solamente otra manera de explicación, la teoría *miógena*, que supone que los estímulos autónomos se originan en el músculo cardíaco mismo, en las partes dotadas de autonomía, y que de aquí se transmiten también por fibras musculares a las partes que no tienen autonomía propia.

Sería completamente imposible exponer ante Uds. la discusión sostenida durante unos veinte o treinta años entre los defensores de la teoría neurógena y miógena del origen y de la conducción de los estímulos autónomos del corazón. Por necesidad debo contentarme con unos puntos experimentales principales.

De gran interés en esta discusión, que era frecuentemente muy animada, en todas las partes del mundo, y también muy fructífera, son los argumentos sacados de la fisiología de los invertebrados. El fisiólogo de Chicago, *Carlson*, hace veinte años, estudió experimentalmente la autonomía del corazón del *Limulus*, una especie de los artrópodos que, por las proporciones considerables del corazón, se presta muy bien para experimentos semejantes. En el *Limulus*, el corazón tiene una forma

alargada y en el centro se ubica una cadena de ganglios. Si se hace la ablación de la cadena ganglionar, todo el corazón se detiene. Si se cortan las fibras nerviosas que salen de la cadena central a las partes laterales del corazón, las últimas se detienen y quedan diastólicas, para contraerse solamente si se produce una estimulación del trozo periférico de las fibras nerviosas respectivas. Al contrario, si se hace un corte trasversal del corazón mismo que lo separe en una parte superior y otra inferior, conservándose intacta la cadena ganglionar central, ambas partes del miocardio continúan contrayéndose con un ritmo igual, sin ninguna falta de coordinación. Los célebres experimentos de *Carlson* en el *Limulus* estaban muy a favor de la teoría neurógena; pero desde el comienzo debe tomarse en consideración que las conclusiones que se basan sobre experimentos en *una* especie no se aplican necesariamente a *otras* especies animales. Esto vale especialmente cuando se trata de especies emparentadas de tan lejos, como son los artrópodos de un lado y los vertebrados de otro. Y aun más, observaciones ulteriores en el *Limulus* mismo revelaron el hecho muy interesante, de que en el estado larval, el corazón del *Limulus* funciona independientemente de la cadena ganglionar. De gran interés son también los recientes experimentos sobre el corazón del *Limulus* hechos por *Hoshino*. Comprobando los hallazgos anteriores de *Carlson*, de que la cadena ganglionar dirige normalmente el ritmo coordinado del corazón, dice *Hoshino* haber observado todavía un ritmo coordinado, aun después de la ablación total de la cadena ganglionar. En otras palabras: aun en el *Limulus*, el miocardio dispone de las mismas cualidades de autonomía que en la rana.

Las observaciones de *Carlson* y las de *Hofmann* que mencioné anteriormente se basan sobre el experimento de ablación mecánica del sistema ganglionar o nervioso en el corazón. Nuevos métodos experimentales para excluir el sistema nervioso se introdujeron últimamente en el estudio de nuestro problema por *Haberlandt*. Enfriando el corazón de la rana con cloruro de etilo, constató que después, el seno y las aurículas, y aún todo el corazón, pueden recuperar sus contracciones si se tratan con

suero fisiológico tibio o con una mezcla de sangre y Ringer. Pero es muy interesante que en un corazón que ha recuperado sus contracciones después de enfriarse, la estimulación vagal y simpática no produzca ya su efecto. Es claro que se trata aquí de una exclusión del sistema nervioso intracardial terminal de vago y simpático. Alcanzó *Haberlandt* el mismo resultado enfriando el corazón con mezcla de sal y hielo. Diferentes influencias químicas, como un tratamiento del corazón durante unos minutos con una solución concentrada de cloruro de sodio o de amonio, con 5 % de cloruro de potasio, con vapores de ácido acético o de cloroformo, también producen el mismo resultado. En todos estos casos, se produjo una exclusión de la función del sistema intracardial del vago y simpático, recuperando todavía el corazón su ritmo autónomo. Si las intervenciones experimentales mencionadas lesionaron el sistema terminal del vago y del simpático con sus ganglios y fibras, hasta perder su función, debemos suponer que de la misma manera había sufrido también un sistema ganglionar responsable del ritmo autónomo y fibras nerviosas responsables de la conducción de los estímulos autónomos. Ahora el experimento revela que el ritmo autónomo y la conducción se recuperan, y debemos deducir que ellos, en el corazón de la rana, no dependen de formaciones nerviosas, sino del miocardio mismo.

Haberlandt hizo también el experimento siguiente: separó, por compresión del ventrículo, su mitad apical, que no contiene ganglios, y examinó muchos meses después el estado funcional de la parte separada. Su reacción se reveló completamente normal en lo que se refiere a la excitabilidad y a la conducción de impulsos; estimulando la mitad apical con la punta de una aguja, se produce la contracción de toda la mitad separada. Se conduce el estímulo artificial en el miocardio, separado ya desde meses del ventrículo y de sus ganglios, como en un miocardio normal. Ahora, el examen histológico mostró que en la mitad desde luego separada, hay degeneración completa de las fibras nerviosas separadas de los ganglios intracardíacos. No

hay aquí duda ninguna sobre que es el miocardio mismo el que conduce.

La exclusión del sistema nervioso fué producida también por *Asher* y *Watanabe* que trataron el seno venoso con una solución al 10% de novocaína; se reveló que se necesita un tratamiento por diez minutos para producir la detención del corazón. Si fuera responsable de la detención la parálisis de un centro nervioso, no sería explicable por qué la detención se produce solamente después de un tratamiento de diez minutos.

Gran interés despiertan también los experimentos de explantación del tejido del corazón con el método de *Harrison* y *Carrrel*. *Burrows*, en el pollo, y *Stöhr* jun., en anfibios, constataron que el corazón explantado antes que se forme tejido nervioso, continúa contrayéndose durante muchos días. *Burrows* en los Estados Unidos ha visto contracciones rítmicas aún en células completamente aisladas. *Roffo*, en Argentina, últimamente, confirmó esta observación. No puede tratarse aquí de ninguna manera de un ritmo dependiente de formaciones nerviosas. Es también muy poco probable que haya habido influencia de células nerviosas, en los experimentos de v. *Skramlik* que ha observado contracciones rítmicas en los más pequeños pedazos del seno venoso del corazón de la rana. Sacó v. *Skramlik* con la ayuda de la lupa, pedacitos tan pequeños de las venas cavas del seno, que contenían muy pocas, en un caso solamente diez fibras musculares, contando también aquellas que estaban lesionadas. Estos pedacitos pequeños recuperaron, algunos minutos después, sus contracciones rítmicas; se contraían todos con la misma frecuencia, y todos con la misma frecuencia que anteriormente el seno total. Sería imposible un tal resultado si el ritmo se dictara por un centro ganglionar localizado.

Si el seno venoso y el límite aurículo-ventricular, que de tal importancia se revelan para la contracción rítmica y coordinada del corazón, contienen centros motores, ellos deben ser no nerviosos, sino de un carácter diferente, de carácter muscular. Y más, deben ser diferentes desde el punto de vista funcional, el centro sinusal y el centro aurículo-ventricular, entrando en fun-

ción el último solamente si se excluye el primero, como es el caso cuando después de la primera ligadura, el ventrículo recupera su contracción con un ritmo menos frecuente.

Todo esto se refiere al corazón de la rana. ¿Cómo es en los mamíferos? Si hacemos una ligadura temporal o una compresión entre las aurículas y ventrículos en el corazón expuesto del conejo—la segunda ligadura de *Stannius*—constatamos una disociación entre las partes superiores y las inferiores: las aurículas revelan un ritmo dos o tres veces superior al de los ventrículos: Este fenómeno, que se observó por primera vez en el celebrado laboratorio de *Ludwig*, por sus alumnos *Woolridge* y *R. Tigersted*, después célebre investigador de la circulación, llegó a ser un sencillo experimento de clase.

No podemos hacer en los mamíferos la primera ligadura de *Stannius*, pues no hay un seno venoso y ambas venas cavas se abren directamente en la aurícula derecha. Pero algo parecido puede hacerse. *Langendorff* y *Lehmann* sacaron una parte de la pared entre las venas cavas, y observaron una detención temporal del corazón. Tampoco hay obstáculo para repetir el experimento de *Gaskell* con calentamiento local, sobre el corazón del mamífero. *Adam* y después *Ganter* y *Zahn*, hicieron en el conejo un calentamiento y enfriamiento local entre las venas. El calentamiento produce un aumento del ritmo de *todo* el corazón; el enfriamiento, un retardo.

Recordemos también aquí las observaciones sobre el orden en que se detienen las diferentes partes del corazón en el mamífero, y según *Schellong*, también en el hombre: es el mismo lugar el «ultimum moriens» cuya función directriz se reveló por los experimentos de ablación y de estimulación termáica. En el mismo sentido hablan ciertos experimentos de revivificación en el mamífero. *Kuliabko* constató que es posible revivificar el corazón del conejo algunos días después de la muerte, sirviéndose de la transfusión con suero fisiológico. Otros comprobaron este hallazgo. Ahora, son en primer lugar las grandes venas y la aurícula derecha las que comienzan a contraerse y en ciertos casos son las únicas que se contraen.

Los experimentos de revivificación que se hicieron también con el corazón del mono y del hombre (*H. E. Hering, Anitschkow*), no solamente revelan la preponderancia de la aurícula derecha en la autonomía del corazón, sino que sirven al mismo tiempo como demostración de la teoría miógena, siendo muy poco probable la revivificación de células nerviosas unos días después de la muerte clínica del organismo. A la teoría neurógena se opone también la constatación hecha por *E. Pflüger* hace cincuenta años, de que el corazón del feto humano de unos 18 a 20 días continúa contrayéndose durante más de una hora; las células nerviosas aparecen en el corazón humano solamente dos semanas después. Es claro que lo que vale para las fibras del miocardio embrional, no vale necesariamente también para las fibras del corazón adulto, especialmente si se toma en consideración que en el último seguramente hay fibras musculares en las aurículas y en los ventrículos, que no revelan autonomía. Pero las observaciones sobre el corazón embrional y sobre el miocardio explantado, agregan una nueva demostración de que el ritmo autónomo *puede* ser facultad de la fibra muscular misma. Además, *E. K. Frey* hizo en el perro el experimento de exclusión de las partes nerviosas, inyectando en el miocardio cantidades considerables de novocaína o de nicotina, sin que se perjudicara el ritmo cardíaco.

Si hemos hablado en la rana de centros motores que no son nerviosos en el seno y en el límite aurículo-ventricular, conviene lo mismo para los mamíferos. Y si se reveló en la rana, que tiene la preponderancia el centro sinusal, se revela lo mismo en los mamíferos: tiene preponderancia el centro ubicado en la pared auricular entre las grandes venas, y entra el centro aurículo-ventricular en función solamente en el bloqueo cardíaco, si se separa el centro aurículo-ventricular del centro superior. Hay también aquí la gradación de los centros.

Vamos a concluir nuestra primera conferencia diciendo que la observación experimental no deja ninguna duda, de que el estímulo responsable de las contracciones autónomas y rítmicas del corazón de la rana y de los mamíferos no se origina en

formaciones nerviosas, ni tampoco se conduce por vías nerviosas. Seguramente la fibra muscular del corazón posee, en todo caso en la vida embrional, la capacidad de un ritmo autónomo. En ciertas especies, como en el *Limulus*, la fibra muscular en la vida ulterior cae bajo el dominio del sistema nervioso intracardial; no lo es en los vertebrados. Pero es muy importante el hecho de que también en los vertebrados las fibras musculares del corazón cambian evidentemente sus facultades originales en cuanto al ritmo autónomo; las unas pierden totalmente su autonomía, las otras la conservan. De las que para siempre conservan el ritmo autónomo, las unas tienen la preponderancia sobre las otras, que siguen al paso de las primeras. Las diferencias que existen entre las distintas partes del miocardio, complican de nuevo la concepción establecida sobre la base miógena, pero estimulan al mismo tiempo una nueva investigación. Vamos a discutir en la conferencia siguiente los nuevos hechos experimentales que surgieron de esta investigación.

Abraham Valenzuela

Principios del Renacimiento y de la cultura moderna

«Será arrojado Zeus del poder,
su trono se derrumbará y desapare-
cerá de ante los que ahora lo miran».
—Esquilo, *Prometeo*.

MAY, entre todos los mares, un mar privilegiado que el destino marcó, una vez para siempre, con signo maravilloso y perdurable. Ulises navegó sus claras aguas azules; conservó Homero, en versos que durarán con la memoria de los hombres, la inquietud de sus caprichos perennes; la imaginación de los griegos hizo de sus resquicios escondidos, morada de los dioses del agua.

La naturaleza, en extraño designio, parece haber creado con él una prueba única de la armonía que traba las condiciones y circunstancias materiales de la tierra a la esencia espiritual del hombre que la domina, obedeciéndola. Los grandes ciclos en que se coordinan los resultados superiores de la cultura están ligados a las márgenes de esas aguas casi humanas.

En sus playas, junto a la corriente fecunda del gran río, los egipcios pretendieron inmovilizar eternamente la fórmula de un misticismo milenario e inmutable; sólo el loto de piedra de sus altísimas columnas lo revela a nuestras miradas. De sus bordes orientales, término entre el Asia pretérita y la Europa de los

años futuros, las naves de Sidón y de Tiro partían a comerciar por el mundo conocido los productos de la industria antigua y, por ese enlace inevitable con que se penetran las pasiones de la vida material y el ideal ascenso del hombre, iban a esparcir por las costas ignoradas los primeros elementos de la habilidad manual y del pensamiento naciente. En las islas del Egeo, en la Jonia, en la Península helénica, el Mediterráneo, en el sosiego y la luz fundido a la clara extensión de los aires, cercó por algunos siglos la vida de aquel pueblo cuya existencia fué el solo sueño de la humanidad que los dioses cuidaron inspirar. En la Grecia desnuda, una vez sola en los días de la tragedia humana, pudo escucharse el canto a los elementos primordiales de la naturaleza; sólo allí alcanzó el hombre conciencia de lo que es la simplicidad substancial de sus fuerzas materiales, el instinto natural y puro de la belleza, la ascensión libre del pensamiento ahincado hondamente en las entrañas de la tierra creadora.

Conduciendo hacia Occidente ese sueño inspirado y vivo, vió elevarse los muros de la Ciudad Eterna y endurecerse los cimientos, no destruidos aún, sobre que el genio de Roma,—la fuerza inteligente,—levantó las columnas de la sociedad civil y el imperio universal de la cultura.

Las playas del mar latino fueron la dirección señalada a la grande inspiración moral en que la conciencia de nuestros años continúa aún buscando su más seguro equilibrio. Por los puertos del Mediterráneo penetró en el alma pagana la verdad que cumplió el trastorno del mundo antiguo, que veía agotarse en accidentes externos la potencia de los sentimientos creadores. Los pueblos clásicos abrieron primeramente la vida interior al ensueño moral aun no revelado, con que hirió los corazones la palabra cristiana.

La misma Italia vió iniciarse y desenvolverse ese período extraordinario en la historia de la cultura de Occidente que, en un sentido más depurado que el habitual, es verdaderamente el Renacimiento,—real y fuerte expansión de los caracteres, estremecimiento secundo de los poderes humanos adormecidos o

ahogados en la pobreza física y la debilidad espiritual de la Edad Media.

Ese influjo secreto del Mediterráneo no había de parar aquí. Bajo su poderoso, invisible dominio, se acendró en su nobleza el carácter español, su altivez trágica y alta conciencia moral, su despejada y clara imaginación literaria, la honda energía de su espíritu religioso; por él, la Francia de nuestros días, en la claridad y ligereza del espíritu, por el universal dominio de la razón ordenadora, es para nosotros tanto como significó la ciudad del Ática al mundo clásico.

¡Mar predestinado y singular, mar clásico y puro, que rememora las aventuras del rey de Itaca y del héroe de Virgilio, que surcaron las velas fenicias y los navíos de Venecia, mar del ensueño claro y sereno, cuyo nombre armonioso quedó unido para siempre a la música de las estrofas griegas, a los poemas latinos, al cancionero de Italia y a los sonetos castellanos!

El ansia no limitada del pensamiento y la sensibilidad podrá buscar otros puntos señeros del espíritu; los buscó ya en las brumas del Norte, en las aguas turbias del alma eslava, en las virtudes de práctico dominio, en que los sajones y germanos son razas próceres; el mundo del pensamiento y de la emoción no hallado,—es cierto,—lejos del mar latino, resonancias profundas, reveladoras desviaciones, accidentes e inquietudes fecundas. Pero la inspiración de la cultura clásica, la inteligencia nítida, la imaginación luminosa, la agudeza del ingenio ondulante y vivo, la gracia de las formas desnudas, y, sobre todo esto, el imperio, la imposición de lo que es pura y substancialmente racional, serán—entretanto concibamos los caminos trazados al hombre en la única forma que podemos entenderlos,—la casa acostumbrada, el refugio tradicional donde la humanidad vendrá a acogerse, fatigada de correr los atajos en que sólo halló sombra y desconcierto.

La nota diáfana del canto latino ha de resonar aún por largos siglos, y por largos siglos ha de ser grata a los oídos del hombre.

* * *

En el libro de *Memorias* de Benvenuto Cellini, hay un corto pasaje donde nos ocurre de pronto penetrar qué sea lo que fundamentalmente constituye la esencia del carácter de los hombres del Renacimiento.

La señoría de Florencia había puesto en concurso a los dos genios mayores del arte italiano: Miguel Angel y Leonardo. Se iba a elegir, entre los cartones dibujados por ambos, la obra que había de colocarse en la casa del Consejo. Un instante piénsese qué signo prodigioso de la fortuna hacía, de aquellos hombres, jueces en algo que queda por sobre la humanidad.

Los dos escogieron como tema de sus composiciones un episodio de la guerra de Pisa. Leonardo de Vinci—dice el violento Cellini—cumplió su labor «con perfección y maestría», su obra era «de una belleza verdaderamente extraordinaria». Las figuras de Miguel Angel son en tal suerte concebidas, que «ni los antiguos ni los modernos han producido nunca nada tan admirable».

Pues bien, habiéndose dado un mismo punto de inspiración, idéntico apoyo objetivo, las obras realizadas acusan con fuerza la disparidad de dos genios diferentes: La pintura de Leonardo, —intensa, recogida, interior,—surge de manera íntegra y cabal del mismo espíritu que años después había de concebir el indiscifrable ambiente de la Gioconda; los personajes del segundo, alentados de vigor y acción extraordinarios, la actividad interior palpitando en cada uno de los músculos tensos, es ya la obra del creador del Moisés: la energía individual desbordada hacia el mundo exterior, que se concreta en amplias imágenes de la fuerza material o del pensamiento.

Se ve cuál es para estos hombres el único camino que lleva a la belleza y a la verdad, cuál la única posible significación de estas realidades superiores nacidas en el hombre y para el solo dominio del hombre: no hay sino el desenvolvimiento es-

pontáneo, libre, del carácter personal; la expresión de los movimientos individuales que irá desde las pasiones concretas y cotidianas, hasta la intuición de la belleza pura y la concepción más depurada de las ideas generales. Más intensa, más verdadera y universal la creación artística, cuánto más enérgico es el espíritu que la realiza y cuánto más profundamente se la haya perseguido en la cavidad palpitante de la conciencia.

Es que el hombre ha vuelto, por maravilloso resurgimiento, a palpar los fundamentos elementales de la vida; ha despejado el camino que conduce a la naturaleza, ha arrasado, de frente a sí mismo, los hábitos sociales, las fórmulas inmóviles de la filosofía, la religión y la moral; ha recobrado la intuición inmediata de que la conciencia personal, descarnada, simple, activa, es la sola realidad que se afirma contra toda objeción y el único principio de acción creadora.

* * *

Los caracteres de la cultura medioeval, expresados en las producciones literarias y en los monumentos del arte gótico, por sus dos tendencias capitales,—aspiración a un simbolismo trascendental y coordinación del alma colectiva,—no se comportan con la expansión de entidades individuales. Los nombres personales desaparecen casi en esta edad, por otro lado reveladora y profunda, si se busca en ella la expresión del pensamiento y las emociones populares. Sus poemas más vivos son obra de nadie: el pueblo los recoge, los guarda, los crea y de ellos hace la canción para los hombres de todos los caminos. Las catedrales de la Edad Media son expresión también de este anhelo colectivo y anónimo. Los artífices desconocidos, los escultores sin nombre, han decorado desde la ojiva central hasta los oscuros vitrales y los altos capiteles, han dado forma a las leyendas de santos, familiares a todos desde la infancia, y han ido acumulando las figuras religiosas y las ornamentaciones, sin ese claro concierto que sólo determina una concepción personal.

El hombre, como individuo, desaparece en este coro unánime que sólo la aspiración del alma cristiana vivifica y armoniza.

Pero la condición primordial de lo que vive es una variedad, una mudanza permanente. Los oscuros caminos del hombre, que los genios maléficos de continuo tuercen y desvían, parecen cobrar a veces una precisión y claridad, que cierta mala inspiración oscurece de pronto nuevamente.

Vistos a la distancia de los años, los grandes períodos históricos ofrecen así como un tono de organización general, de unificación y de simplicidad en las direcciones colectivas,—armonía que nunca pudo descubrirse en medio de los años que el hombre labora, padece y actúa.

Ciertas condiciones extraordinarias,—históricas, sociales, económicas, de raza,—cuyos diversos caracteres secundarios están todos subordinados por una general aspiración a la libertad, preparan en el suelo de Italia el advenimiento de una época que es de aquellas muy escasas por las cuales la vida humana pierde el carácter de absurdo y mezquino, habitual en su historia, y cobra, en cambio, significación enérgica y alentadora.

El fruto había madurado; faltaba sólo que los sentidos del hombre se hicieran dignos de merecerlo. Por todo el suelo de Italia, mil años de adormecimiento ocultaban las ruinas del arte y del pensamiento antiguo. Los hombres, ensombrecidos en el trabajo rudo, cercados por el terror supersticioso, amargados por el «mal evangélico», pasaron durante siglos junto a las maravillas de las civilizaciones muertas. aun sin voz para sus espíritus empequeñecidos.

De pronto, en un camino de la Toscana, junto a una fuente cegada, se vieron moverse en una visión imprevista, las figuras dormidas largo tiempo, que inspiró el arte de los maestros griegos y que los antiguos pobladores del suelo miraban día a día como divinidades familiares. Los velos ligeros se agitaban en los pasos de una danza pagana con una gracia que jamás hubieran presentido. Revelaban los manuscritos, en un lenguaje antiguo, una armonía nunca percibida por los oídos bárbaros, y revivían los viejos poemas olvidados, en esta nueva mañana

del espíritu. Se atisbaba entonces, a través de estos datos inquietadores, cómo había sido posible para el hombre una vida superior en que la concepción de las cosas variaba tan sustancialmente. Los diálogos de Platón volvían a suscitar en los cerebros el vuelo prodigioso de las ideas, el impulso libre de la razón, obediente sólo a sus propias leyes, y abría al pensamiento extensiones imprevistas; las mujeres de las tragedias de Eurípides venían a enseñar a los hombres cómo, aun en el instante de la muerte, es preciso invocar a «la luz dulce y amada».

Del interior de las tierras que cavaban los labradores de Italia, iban surgiendo esos restos que avisaban al hombre serle posible vivir próximo a los dioses verdaderos. Las manos tocaban con algún temblor la línea de un torso femenino, temiendo despertar bruscamente un genio escondido; ya era el rostro de una joven, en que la serenidad y la belleza puramente humana se elevan sobre el dolor y lo dominan; luego fué una cabeza de bronce que cubría una barba espesa y rústica; la nariz fina, parecía avanzarse a percibir los olores agrestes; dos cuernecillos se retorcián entre los cabellos revueltos y los pequeños ojos penetrantes se clavaban maliciosamente en las miradas asombradas: el buen sátiro incitaba a los hombres a restituir el reinado de los dioses naturales.

* * *

El despertar fué un fenómeno casi brusco. La gestación, larga; la realización, repentina. Los grandes maestros, los discípulos, las escuelas, se multiplican con rapidez extraña; los papas, los príncipes, las grandes familias, los señores de las repúblicas, todos se hacen acompañar de una corte de sabios, de poetas, de literatos, de escultores. La vida social toda cambia repentinamente de faz, y lo que ayer fué retraimiento, mezquindad y limitación de los sentidos, es ahora amplitud, alegría y libertad natural.

Si mirando ayer desde las alturas cercanas a Florencia, se veían las tiendas con los mercaderes dominados por la sordidez

de sus pequeños afanes, ahora, desde las colinas de Fiésole, Lorenzo de Médicis, mientras renueva con sus amigos las conversaciones platónicas, puede mirar hacia la ciudad cuyos pobladores son más que mercaderes y aun que ciudadanos: hombres que sólo buscan recobrar la amistad de los dioses.

El cambio se mira en todo lo que el hombre alcanza con la mano o con el sentimiento: en los trajes y en las ideas, en la política y en la emoción religiosa, en los edificios y en las conversaciones, en el trato diario, en la ciencia y en el sacerdocio, en el lenguaje, en el amor y en el arte. Sólo la luz domina tan totalmente las cosas como las envuelve el espíritu con que el hombre quiere mirarlas.

Pero lo que hay de más significativo en todo este amplio, profundo estremecimiento, no es el que se hayan admirado las obras de la cultura antigua, se hubiera buscado el aproximarse a ellas y esforzado en comprenderlas; ni el que se ansiara poder imitarlas y, aun, reproducir en todas las formas del espíritu greco-latino. El Renacimiento no sería esa prodigiosa edad que es para nosotros, si ésta fuera su total significación y su sentido.

La historia no se reproduce idéntica a sí misma, ni los hechos se suscitan en el Universo más de una vez con igual carácter específico, mucho menos los que se relacionan con los caracteres de la sensibilidad humana. Ya Salomón Reinach señaló agudamente que la época renacentista trae sus gérmenes más de la Edad Media que de los tiempos clásicos.

La calidad sensual, naturalista, externa, del arte clásico, el cultivo espontáneo de las formas aparentes, no se reproduce con igual carácter en el Renacimiento. Las pasiones, el concepto de la existencia, las cualidades morales, la sensibilidad total de estos hombres, su historia, difieren notablemente del espíritu antiguo. Lo que en aquéllos era naturalidad de los movimientos libres, es en éstos esfuerzo de mayor conciencia. Las esculturas de la Acrópolis no son el *Pensador* de Miguel Ángel, como la calidad interior de Lorenzo el Magnífico no era la del ateniense de hacía veinte siglos. Nada puede hallarse en los frescos de Pompeya que pudiera unirse con afinidades de escuela a la *Cena* de Leo-

nardo; los *Pensamientos* de Marco Aurelio y el *Príncipe* de Maquiavelo corresponden a dos formas diferentes de la inteligencia; entre las fábulas milesias y el *Decamerón* hay de por medio el transcurso de los siglos y la interposición de razas, religiones y culturas; Petrarca no repite las odas de Horacio: el Renacimiento ha dado, ciertamente, el tono de sensibilidad que correspondía a su época; por eso,—y sólo por eso,—fué natural, fecundo y verdadero.

Lo que hay de más intenso en esta época, lo que constituye su verdadero sentido de resurrección del pensamiento clásico no es, pues, la habilidad de imitación, ni siquiera la determinada y concreta influencia de los monumentos del arte antiguo en las producciones renacentistas. La imitación formal carece de valor superior en el mundo del arte y en todo. Es verdad de fundamento que, en un sistema filosófico, en una teoría científica, en un poema o en un cuadro, como en el traje y en las frases cotidianas, en la acción y en la aventura, para ascender a la categoría de las producciones superiores, no interesa el objeto ni el álgebra de las fórmulas abstractas: importa sólo el impulso poético, en cuanto el término *poesía* significa tanto como *creación*.

La tradición de la cultura helénica se había mantenido en las escuelas de Oriente. Los sabios y los artistas de Bizancio se dijeron los continuadores de la filosofía y del arte griego; no obstante, el mundo no les debe nada semejante a la vida mental del Renacimiento. La cultura neo-clásica del siglo XVIII es también prueba de la frialdad infecunda y sin vuelo de una vida espiritual de fórmulas y de imitaciones. Y nada más opuesto al Renacimiento que estas formas vacías del siglo XVIII; son, precisamente, su decadencia y su negación; la apariencia externa de que ha huído el espíritu vivo que la animaba.

Lo interior, en esta cultura del siglo XV italiano, lo que da al término «renacimiento» su sentido profundo, es algo más que esto; y es aquella disposición de facultades que permitió penetrar el espíritu creador de las obras antiguas. No es la admi-

ración de la obra misma: es la comprensión del hombre capaz de crearla.

La reversión que el Renacimiento entraña respecto de la Edad Media, es el brote generado por las mismas dos raíces fundamentales del paganismo: la libertad espiritual y física y la intuición del hombre como principio y fin de toda actividad.

«El hombre,—decía Miguel Angel, en palabras que transcribe Vasari,—el hombre es lo único que importa; lo demás podéis agregarlo como queráis, en oficio de ornamentación».

En los cuadros de gran época, todo lo que no es la figura humana o el episodio humano, son sólo fondos donde éstos destacan el color y la forma; la naturaleza toda parece dispuesta por la mano del animal privilegiado. El artífice no llena ya sus horas tallando en la oscuridad y en el silencio los mármoles de las leyendas sagradas; ahora modela la copa de los banquetes en que él mismo participa.

Es unánime y esencial en todo el Renacimiento esta posición central de las ideas. En España, Américo Castro señala una frase de la *Celestina* como la brusca irrupción del espíritu renacentista. Es en la primera página de la tragi-comedia. «En esto veo,—dice el amante,—la grandeza de Dios».—«¿En qué?», pregunta Melibea, y él agrega: «En haber dado poder a natura que de tan perfecta hermosura te dotase». Así es; Dios mismo, para estos hombres, no tiene más ocupación que cuidar de la criatura humana.

Esto era lo capital. El soplo divino había sido transmitido: lo demás,—el pensamiento, las formas,—todo se les dió a aquellos hombres por añadidura. El respeto a la personalidad humana era, así, el único culto sentido con verdad y de tal suerte practicado en aquellas edades. No hubo situación política, ni prestigio de nobleza, ni traba moral que se alzara frente a lo que era debido al poder intelectual y artístico. La historia de esos años es riquísima en anécdotas reveladoras de esa manera de sentir las cosas. Benvenuto sintió tal vez como ninguno esta fuerza de la entidad personal y única; él supo, por modo extraordinario, acordar su carácter moral a esa norma perma-

nente. El mundo vivía para la admiración de la belleza; nada debía, pues, sobreponerse a los espíritus como el suyo, conscientes de su capacidad para crearla. Los señores de los principados, los dignatarios de la Iglesia, podían ser substituídos a lo largo de las generaciones: él no podía nacer sino una vez sola. Muchos amos tienen los pueblos; en cambio, un hombre, solo, supo inmovilizar para los siglos por venir, la leyenda de Perseo.

Es ésta una posición frente a los hechos de la vida, que no viene de sistema alguno de educación ni de una determinada y consciente disposición del ánimo; nace y se sostiene en ese complejo fortuito de elementos internos e históricos que constituye el carácter individual o el espíritu de una época; mas, a su vez, por ese enlace de causas y resultados, esencial en el organismo vivo, es un nuevo y principal accidente agregado a las fuerzas que determinaron aquella calidad especial.

• • •

Así como ciertos hechos o actitudes imprevistas que parecen haber llenado con libertad y plenitud los fines de su propia naturaleza nos incitan a exclamar, con la frase de Goethe: «¡Defentel, así eres perfecta...», hay, en la historia humana, ciertos períodos en que la civilización debió darse por agotada, detenerse el mundo y sentirse por fin satisfecha de sí misma la conciencia universal.

El Renacimiento es, sin duda, esa época de la historia. Los dos más altos principios de cultura en que el mundo de Occidente se ha sustentado: el paganismo, racionalista y sensual, y el pensamiento cristiano, de esencia puramente moral,—se fundieron en él. Es la edad en que había de realizarse, tardíamente por cierto, aquel equilibrio histórico perfecto que el historiador del cristianismo hubiera querido suscitar por aquellos años en que San Pablo predicó entre los griegos de Filipos y Tesalónica.

No se ve qué pudo alcanzar la humanidad después de aquel caso único, si no son adquisiciones materiales, principios ideo-

lógicos de detalle. Ocurre tal vez en esto lo que, según Taine, acontece en el hombre, individualmente. «Pasados los treinta años, dice, las opiniones están ya formadas... Los cimientos han sido construídos: la costumbre, la pereza mental, las ocupaciones prácticas, la necesidad de contemporizar con los poderes, el deseo de conservar las amistades, forman en torno nuestro como una muralla que nada puede romper. Desde esa época, uno no renueva ya su filosofía; se conforma con deducir consecuencias de la que ya ha elegido, o más bien, por lo común, no tiene ya filosofía». El Renacimiento parece ser para nuestra historia la edad de la madurez plena del espíritu; después viene el dominio de los intereses prácticos y la cultura de los detalles.

Los años que nos separan de aquella edad nos muestran el alcance de esta reflexión: hechos extraordinarios en la vida política, en la sociedad y en el arte, no alcanzaron jamás la energía, la intensidad, la calidad necesaria para que hubieran significado una nueva era de la cultura humana. Diferencias de formas, de sensibilidad, de organización y de valores: nada, entre ellas, significa algo semejante a aquellos grandes estallidos del espíritu.

El sentido general de las cosas ha variado totalmente, y más por la disposición de espíritu con que las miramos. Si nos desentendemos de las obras superiores del arte de nuestro época, —porque el arte tiene su mundo extraño e independiente,—la conciencia ha perdido el instinto de las fuerzas elementales; los caracteres se disminuyen y apagan; la historia no parece ya destinada a producir hombres, sino pueblos, nacionalidades, grupos anónimos. Se vive en el mundo de las doctrinas, no en el de las realidades individuales; busca el hombre su seguridad en cualquier parte, excepto en sí mismo, y no logra, por cierto, alzarse sobre la tierra «firme y seguramente».

Doctrina social, doctrina política, religiosa, moral, científica, filosófica, estética,—y nada tan impersonal como estas formas generales de la razón; son como la definición misma de lo impersonal,—vivimos sumergidos en entidades racionales, si es que en alguna forma vivimos por el pensamiento; ahogados en un

mar de teorías que se destruyen y renuevan periódicamente, con toda la incertidumbre de lo que es superficial y falso. Hemos olvidado, porque ya somos incapaces de afirmarnos en una tal posición, que el hombre sólo domina la verdad cuando descubre por sí mismo el mundo y lo sostiene con su propia voluntad.

Cada uno quiere aplicar la fórmula de sus verdades parciales a la comprensión y dominio de los hechos con que la realidad nos hiere momento a momento. Si se halló el silogismo que puede conducirnos de nuestro pequeño mundo doctrinario al problema de ahora, ya todo está resuelto y en paz el espíritu; y todas estas pequeñas organizaciones mentales no pueden formarse sino en el ambiente de las ideas hechas, de los conceptos vulgares, tal vez más insignificantes e improductivos que falsos. No vienen a excitar la actividad del pensamiento; sólo sirven para cerrarla. Todo es fácilmente aceptado, si no se nos obliga a tomar directamente la responsabilidad de la propia instrucción de los hechos y a someterlos a nuestra propia reflexión.

En la vida política, basta que pasen de un cerebro a otro algunas entidades abstractas elaboradas *ad usum populi* para que todo quede en el sagrado equilibrio de la verdad: libertad, democracia, justicia social, colectivismo... no son ni siquiera aquellos antiguos símbolos que arrastraban a una acción poderosa; son como fórmulas aisladoras interpuestas permanentemente entre los sentidos, la razón y la realidad. La palabra sólo importa; no el hecho que ella puede significar. Los fenómenos sólo pueden medirse y explicarse por la fórmula que a cada uno toque defender. Es un camino totalmente inverso al que se trazaron las grandes inteligencias políticas,—Bacon, Maquiavelo, Saavedra Fajardo;—para ellos, no lograba sentarse principio alguno si no se había incorporado en él su total significación humana.

No es algo diverso lo que ocurre en las actividades artísticas. Signo revelador es el que hayan cobrado los estudios críticos o de estética una mayor importancia que la obra creadora misma. La exageración de tal tendencia ha conducido a resultados absurdos; las pretendidas escuelas artísticas se dividen y

subdividen con esa rapidez propia de ciertas especies inferiores que buscan esa manera de reproducción cuando se miran en peligro de muerte. Hay teorías artísticas,—como si ya no fuera su sola existencia un absurdo suficiente,—que quieren sostenerse elevando un detalle, un accidente casi inaprehensible, a la categoría de principio esencial. Aun, no es singular que se haya ideado un poema, un cuadro, una novela, para justificar un nuevo principio en una nueva estética. No puede concebirse una mayor reversión en los principios fundamentales de la creación artística.

Ninguna edad, como estos años posteriores al Renacimiento, puede mirarse como más opuesta a un impulso de reforma religiosa o de creación de un gran ideal en el mundo de las emociones colectivas. Así como falta la fuerza para sostener las creencias tradicionales, falta aquélla que podría sustituirlas. ¿Dónde buscar, para el alma moderna, las virtudes heroicas con que esas renovaciones fundamentales deben obligadamente explicarse? Las más finas inteligencias reformadoras han venido a buscar su justificación donde nunca hubo alimento para las pasiones populares; en los dominios de la ciencia y de la filosofía. Sólo lograron crear motivos de especulación para los aficionados a las disciplinas superiores; ni pudieron inquietar a Roma con un caso que significara mucho más que un simple proceso administrativo.

En forma diferente,—con todas las agregaciones parciales que quiera concedérsele,—la historia tiende a renovar los dos principios fundamentales anteriores al siglo XV: el simbolismo dogmático y la aspiración a las formas colectivas. Vivimos ciertamente, una nueva Edad Media.

• • •

No debemos repetir, es cierto, con el patricio romano: «El mundo no tiene ya nada que esperar». La razón estará siempre con la respuesta del filósofo griego: «El mundo tiene que espe-

rarlo todo». Las fuerzas universales tienen que organizarse en infinitas formas, y la Naturaleza ha de saber lo que busca.

Pero, sobre esta creencia en la necesidad mecánica de todos los fenómenos, está ese mandato primordial que nos obliga a afirmar la libertad de la vida moral y del pensamiento, y a mirar, entre los productos que ellas crean, órdenes de superioridad y pequeñez.

Por esto mismo, cuando no queremos ver totalmente vencida nuestra fe en el destino ideal del hombre, nos es preciso mirar hacia las realidades históricas superiores; y entre ellas, ninguna cuya inspiración sustituya en profundidad y firmeza la prodigiosa revelación de los grandes pueblos del Mediterráneo: Roma, principio aún no removido de la ordenación jurídica y política, cuyo imperio ideal se extendió más allá del vasto dominio de los Césares; Grecia, por la libertad del espíritu, por el ilimitado ejercicio de la razón natural, esa «sonrisa de la historia», de que hablaba Renán.

Razas centrales de cultura, las más altas actividades del espíritu y la acción quedan aún ligadas a las formas tradicionales que son la esencia de su historia; la admiración que el mundo les debe nunca será dignificada como ellas solas merecen; pero ha de perdurar por los siglos, mientras en el cerebro del hombre aliente la llama racional que ellas encendieron; antes de extinguirse, como en los versos de Leopardi, arrancadas del cielo, serán, en la hondura de los mares precipitadas las estrellas:

Prima divelte, in mar precipitando,
Spente nell'imo, strideran le stelle...

Fernando García Oldini

Curso de la moción chilena ante la Conferencia de la Prensa de la Sociedad de las Naciones.

EN la duodécima sesión de la sexta Asamblea de la Sociedad de las Naciones, celebrada el 16 de Septiembre de 1925, el delegado chileno don Eliodoro Yáñez formuló la siguiente proposición: «La Asamblea, profundamente convencida de la necesidad de crear en el mundo una nueva conciencia de armonía internacional; y considerando que la prensa es el medio más seguro y eficaz de orientar la opinión hacia el desarme moral, condición y acompañamiento del desarme material, invita al Consejo a estudiar la oportunidad de reunir un comité de expertos, representantes de la prensa de los diversos continentes, a objeto de buscar los medios por los cuales ella pueda concurrir a la obra del desarme y a la organización de la paz;

a) Asegurando la transmisión más fácil y menos costosa de noticias, a fin de disminuir las posibilidades de malentendidos entre los pueblos;

b) Discutiendo todas las cuestiones profesionales cuya solución, según ellos, pueda ayudar al apaciguamiento de la opinión pública en los diferentes países».

La sexta Comisión de la Asamblea (cuestiones políticas) a quien, siguiendo el orden normal, fué enviado el proyecto, confió su estudio previo a una Sub-comisión compuesta por los

señores Paul Hymans (belga), de Jouvenel (francés) y Yáñez (chileno).

El señor Hymans fué encargado por sus colegas de redactar un informe, que la Comisión—en su sesión de 23 de Septiembre—decidió presentar a la Asamblea.

Dicho informe, después de constatar que «los diarios proporcionan la base de los juicios que la opinión pública de cada país emite sobre las otras naciones del mundo», insiste en las precauciones de que debe rodearse la redacción de una proposición «tan audaz» como la del Delegado chileno. «La prensa—dice—como toda gran potencia, es—a justo título—celosa de su independencia. Así, nosotros debemos abordar con la mayor prudencia el problema vasto y delicadísimo que este proyecto de resolución nos propone. Yo declaro, desde luego, que la Sociedad de las Naciones no desea inmiscuirse en las cuestiones de la prensa y que sólo intervendrá si su concurso es juzgado útil y fecundo por los mismos periodistas».

Consecuencia de tales reservas fué una ligera modificación de la moción Yáñez, cuya forma definitiva—elaborada por los tres miembros de la Sub-comisión y contenida en el informe del Sr. Hymans—quedó redactada de la manera siguiente: «La Asamblea, considerando que la prensa es el medio más eficaz de orientar la opinión hacia el desarme moral, condición y acompañamiento del desarme material, invita al Consejo a considerar la oportunidad de convocar un comité de expertos, representantes de la prensa de los diferentes continentes, a fin de buscar los medios de concurrir a la organización de la paz, especialmente:

a) Por la transmisión más fácil y menos costosa de noticias, a fin de disminuir las posibilidades de malentendidos entre los pueblos;

b) Por la discusión de todas las cuestiones profesionales cuya solución pueda ayudar al apaciguamiento de la opinión pública».

Aprobados por la Asamblea en su sesión de 25 de Septiembre,

el informe y sus conclusiones pasaron—siempre siguiendo los trámites usuales—a conocimiento del Consejo.

En la sesión de 26 de Septiembre de dicho organismo, el señor Hymans, después de hacer notar «la acogida favorable que la proposición chilena encontrara entre las diferentes Delegaciones lo mismo que entre los numerosos representantes de la prensa reunidos en Ginebra», dijo: «Creo que todos estamos de acuerdo en pensar que este asunto es demasiado complejo para que podamos pronunciarnos sobre él inmediatamente. Es preferible inscribirlo en la orden del día de nuestra sesión de Diciembre. Así dispondremos del tiempo necesario para examinarlo con calma.

Yo desearía proponer a mis colegas que este tiempo se empleara en recoger opiniones competentes sobre la oportunidad de la convocación de un tal comité.

Estoy seguro de que la Asociación de periodistas acreditados ante la Sociedad de las Naciones—que todos conocemos bien y cuyo comité ha apreciado vivamente la iniciativa de la Delegación chilena—podrá darnos útiles indicaciones en dicho sentido.

Por otra parte, cada uno de los miembros del Consejo podrá proceder en su país a ciertas consultaciones con los sindicatos de periodistas, las asociaciones de directores de diarios y de agencias de publicidad.

De tal manera será posible al Consejo disponer de todos los elementos necesarios para una decisión».

El Consejo aceptó la proposición del señor Hymans y, en consecuencia, el Secretario General de la Liga quedó encargado de las gestiones indicadas en el informe.

Primeras encuestas

Conforme a la resolución del Consejo, el Secretariado General envió al Gobierno de cada nación perteneciente a la Sociedad una comunicación dándole cuenta de los acuerdos de la Asamblea y del Consejo.

Como la resolución aprobada preveía que cada uno de los

miembros del Consejo podría proceder en su país a ciertas consultaciones, el Secretariado envió una comunicación en tal sentido a cada uno de ellos.

Además, siguiendo las instrucciones del Consejo, se emprendió una consulta, tan extensa como fué posible, entre las Oficinas de Prensa, las grandes Asociaciones de diarios, las Uniones internacionales de periodismo, etc.

Por su parte, y de acuerdo con el deseo manifestado por el Consejo, la Asociación Internacional de Periodistas acreditados ante la Liga, informó al Secretariado de que ella se encargaba de realizar una vasta encuesta entre los elementos profesionales.

Resultado de este extenso movimiento consultativo (cuya finalidad escueta podría resumirse en la pregunta: «¿Es oportuna la reunión de un comité de expertos de prensa?») fueron las respuestas, en general muy favorables, de las Oficinas de Prensa y Asociaciones nacionales de Austria, Bélgica, Dinamarca, Imperio Británico, Estonia, Finlandia, Francia, Italia, Países Bajos, Rumania, Reino de Servios, Croatas y Eslovenos, Suiza y Tchecoeslovaquia. Además, tres Agrupaciones internacionales manifestaron su opinión:

a) La Conferencia de Agencias Telégráficas de Información, reunida en Roma en Octubre de 1925 y que agrupaba las firmas siguientes: *Continental Telegraphen Compagnie* (Wolff) de Alemania, *Amtliche Nachrichtenstelle* de Austria, *Agence Telegraphique Belge* de Bélgica, *Agence Telegraphique Bulgare*, *Ritzaus Bureau* de Dinamarca, *Agencia Favra* de España, *Agence télégraphique esthonienne*, *Associated Press* de Estados Unidos, *Finska Notisbyran* de Finlandia, *Agence Havas* de Francia, *Reuters Limited* de Inglaterra, *Agence d'Atenes*, *Agence Télégraphique hongrois*, *Agence telegraphique lettone*, *Agence Stefani* de Italia, *Agence télégraphique lithuanienne*, *Norsk Telegrambureau* de Noruega, *Nederlandsch telegraaf Agentschap* de Holanda, *Agence telegraphique polonaise*, *Agence Havas* de Portugal, *Agence Rador* de Rumania, *Agence Tass* de Rusia, *Agence Avala* de Yugoslavia, *Tidningarnas Telegrambyra* de Suecia, *Agence télégra-*

phique suisse, Bureau de presse tchecoslovaco, Agence Anatolia de Turquía, decidió aceptar—si le era hecha—la invitación a tomar parte en el comité de expertos.

b) La Unión Internacional de Asociaciones de Prensa, por intermedio de su tesorero general, respondió también afirmativamente.

c) La Asociación de Periodistas acreditados ante la Liga se mostró, en principio, partidaria de la convocación de un comité de expertos, insistiendo—eso sí—en la necesidad de conservar la entera libertad de la prensa y de no transformar a los periodistas en agentes de propaganda de la Sociedad de las Naciones.

Comité preparatorio de Agencias de Información.

Suficientemente orientado por tales respuestas, el Consejo decidió, en sesión de 20 de Junio de 1926, de acuerdo con una proposición de M. Vandervelde, representante de Bélgica, convocar «un comité compuesto de delegados de Agencias de información, quienes podrían proporcionar, desde su punto de vista particular, informaciones útiles para la preparación del programa de trabajo de los expertos».

Fueron invitadas a hacerse representar en el mencionado Comité, las siguientes Agencias: Americana del Brasil, Associated Press de Estados Unidos, Avala de Yugoslavia, Exchange Telegraph de Inglaterra, Havas de Francia, Nippon Dempo Tsushinsha y Nippon Shimbun Rengosha del Japón, Radio de Francia, Reuters Limited de Inglaterra, Stefani de Italia, Telegraphique de Suiza, Tass de Rusia, Telegraphen Union de Alemania, Tidningarnas Telegrambyca de Suecia, United Press de Estados Unidos y Wolff de Alemania.

Así integrado, el Comité celebró cinco sesiones (del 19 al 21 de Agosto de 1926) y adoptó por unanimidad una serie de acuerdos que dicen relación con las siguientes materias:

a) Tarifas y mejoramiento de las comunicaciones destinadas a la prensa.

b) Facilidades a los periodistas en comisión en el extranjero.

c) Pedido a los gobiernos que dirigen o explotan líneas telegráficas, marconigráficas o telefónicas, de acordar a las agencias de información y a los corresponsales de diarios iguales facilidades de transmisión (sin otorgamiento de prioridad a ninguno de ellos).

d) Abolición de la censura en tiempo de paz.

e) Medidas tendientes a unificar la legislación en materia de propiedad de las informaciones de prensa.

Comisión de Bureaux gubernamentales de prensa.

Siguiendo en su obra de preparar la mayor cantidad de materiales, ya sea en lo relacionado con los perfeccionamientos a alcanzar, ya sea (base de lo anterior) en lo relacionado con las condiciones actuales de la prensa en los diferentes países, el Secretario General invitó, con fecha 7 de Octubre de 1926 a los directores de Bureaux gubernamentales de prensa de Austria, Bélgica, Bulgaria, Dinamarca, Estonia, Finlandia, Grecia, Hungría, Letonia, Noruega, Holanda, Polonia, Rumania, Yugoslavia, Suecia y Tchecoeslovaquia, a reunirse en Ginebra y a deliberar sobre las cuestiones que, desde el punto de vista técnico, puedan interesar a dichos países y sean susceptibles de ser estudiadas por el comité de expertos.

Tomando como base las ideas manifestadas por las organizaciones de prensa, por los representantes de Agencias internacionales y por los periodistas, la comisión pasó revista a las cuestiones que, a su entender, podrían retener ulteriormente la atención del comité de expertos, deteniéndose especialmente en las relacionadas con:

a) Las tarifas de transmisión telegráfica y telefónica.

b) El derecho de propiedad de las informaciones de prensa.

c) Las facilidades acordadas, en sus países, a los periodistas.

d) Las organizaciones profesionales de periodistas.

Quedó establecido durante la discusión: 1.º Que entre las diversas partes de Europa hay una gran diferencia en las facilidades para las comunicaciones de prensa. Mientras en ciertos países tales comunicaciones se desenvuelven paralelamente a los

últimos progresos de la técnica, en otros, al contrario, están muy por debajo de lo que podría esperarse. 2.º Que la mayor parte de los países tienen establecida—casi como regla—la costumbre de acordar a los corresponsales extranjeros privilegios especiales que faciliten su labor profesional (visas y transporte ferroviario gratuitos, reducciones especiales, etc.). 3.º Que el contacto establecido en esta ocasión entre los directores de Bureaux gubernamentales de prensa debiera mantenerse, a fin de que el cambio de ideas que ha habido en Ginebra y que ha sido tan provechoso para todos pueda seguirse, de una u otra manera, en el porvenir.

A fin de penetrar más a fondo en los problemas sometidos a su consideración, la comisión se constituyó en tres sub-comisiones encargadas de redactar un cuestionario que permita recoger, lo más en detalle posible, todos los datos concernientes a la cuestión de tarifas, mejoramiento de comunicaciones y facilidades profesionales a los periodistas.

De esta manera el Secretariado General podrá constituir un «dossier» que contenga la exposición completa del estado en que se encuentran en ciertos países los problemas técnicos referentes a la prensa, y las modificaciones que, desde el punto de vista de los directores de Bureaux gubernamentales, sería deseable aportar a la situación.

Comité de periodistas

Después de haber oído las opiniones antes citadas, el Secretariado deseó, como era lógico, conocer el pensamiento de los periodistas. En el discurso inaugural de la reunión a que con tal objeto fueron invitados los señores Georg Bernhard, Caprin, Chrzanwsky, de Franch, Jullien, Roigt y Scott Mowrer, el Secretario General, después de referirse a las reuniones de representantes de Agencias de información y de directores de Bureaux, dijo: «En ambos casos el lado puramente periodístico de la encuesta (es decir, las facilidades de todo género para los periodistas en el extranjero) ha sido considerado con simpatía. No obstante, se ha considerado que toda sugestión de detalle

en vista de un mejoramiento en ese dominio debería ser presentada por los propios periodistas. Es, pues, a propósito de tal problema que nos dirigimos a ustedes. Nuestra política ha consistido, desde el comienzo, en demandar a la propia prensa su opinión sobre las mejoras técnicas posibles en el plano internacional. Nadie es, sin duda, más apto para cumplir esta tarea que quienes poseen la experiencia cotidiana de tal clase de problemas».

Así situada y delimitada la cuestión, la tarea del comité se redujo, en el primer momento, a definir el concepto *facilidades*.

Después de afirmar la necesidad de mantener a todo precio su independencia y de establecer que su misión de informadores comporta responsabilidades de un orden tan elevado que obligan a reclamar *como un derecho* los medios que le permitan cumplirla en toda conciencia y con un mínimun de inconvenientes, quedó definido que lo que se pide «no son favores, sino ciertos mejoramientos que ayuden a informar al público con la mayor exactitud y rapidez posibles».

Lo que piden los periodistas

Las facilidades indispensables a un corresponsal a quien su profesión llama fuera de su país, son de tres órdenes: facilidades de tránsito, facilidades de información, facilidades de transmisión.

1) *Facilidades de tránsito*

En esta clase debe figurar en primer lugar todo lo relacionado con la visación de pasaportes.

Considerando la necesidad en que los periodistas se encuentran de desplazarse rápidamente de un país a otro a fin de seguir las peripecias de un acontecimiento, el Comité estimó «que los corresponsales, previa justificación de su profesión, debieran ser dispensados en todas partes» de las formalidades mencionadas.

A fin de obviar todas las dificultades y reconociendo que la mayor parte de ellas consisten en la identificación de la propia persona y de su calidad de periodista, el Comité propone al

Secretariado estudie «la creación de una pieza especial que certifique la calidad de periodista llamado al extranjero en ejercicio de su profesión y que lo recomiende a las autoridades de los diferentes países a fin de que le acuerden en el desempeño de sus tareas el máximun de facilidades, es decir: las mismas—en cuanto sea posible—a que tienen derecho los periodistas nacionales».

Del mismo modo, el Comité considera conveniente que, en los países en donde los periodistas nacionales gozan de rebajas en las tarifas ferroviarias, se haga extensiva tal franquicia a los corresponsales extranjeros.

2) *Facilidades de información.*

Realizar libre y rápidamente una investigación en terreno extraño es poco menos que imposible para personas desconocidas de las autoridades y de la policía. El informador extranjero, antes de obtener el menor resultado, debe—ordinariamente—estrellarse contra múltiples y difíciles obstáculos.

«El Comité opina que en este caso, como en los anteriores, los corresponsales deberían poder—gracias a una pieza justificativa—obtener de las oficinas oficiales de prensa o de las autoridades locales las mismas facilidades que estas otorgan a los periodistas del país.

3) *Facilidades de transmisión.*

Las transmisiones, sean telegráficas, radiotelegráficas o telefónicas usufructúan en numerosos países de tarifas especiales. Pero, para acogerse a ellas es necesario una tarjeta particular que sólo puede proporcionar la Administración de Correos.

Para obviar la dificultad, que representa una nueva fuente de atrasos, «el Comité propone la creación de una carta universal que sería otorgada por la Unión Postal Universal y que aseguraría al portador en todos los países de la Unión y sin necesidad de llenar otras formalidades, las tarifas de prensa telegráficas, telefónicas y radiotelegráficas».

Aparte las dificultades de transmisión que podríamos llamar normales y que nacen de las condiciones mismas en que el ser-

vicio se desarrolla, existen otras de carácter excepcional entre las cuales deben citarse en primer lugar la censura telegráfica.

Sobre este particular el Comité manifestó «estar unánimemente convencido de que la censura en tiempo de paz, ya sea ejercida abiertamente, ya lo sea—lo que es peor—en forma disimulada, constituye un obstáculo fundamental al intercambio normal de informaciones internacionales y hace más difícil el acercamiento de los pueblos».

Como lo ha reconocido el Comité de Agencias de Informaciones, ella no impide la difusión de noticias falsas o tendenciosas y, al contrario, es particularmente perjudicial a los gobiernos que la emplean. Los periodistas no pueden, en consecuencia, sino desear su abolición rápida y definitiva.

Entre tanto y mientras que—contrariamente al principio de libertad de prensa—la censura exista en tiempo de paz en cualquier país, los periodistas deben reivindicar las garantías mínimas siguientes:

- a) Que los telegramas sometidos a la censura sean examinados por especialistas y expedidos con la mayor rapidez.
- b) Que los periodistas sean informados de las directivas señaladas a esos especialistas a fin de que puedan actuar en consecuencia.
- c) Que les sean comunicadas las supresiones susceptibles de ser efectuadas en sus despachos, lo mismo que los retardos excepcionales de transmisión, y que se les deje la libertad de escoger entre la expedición o el retiro del telegrama censurado o retardado.
- d) Que las sumas adelantadas por telegramas censurados o retardados sean reembolsadas en proporción al número de palabras suprimidas.
- e) Que una igualdad completa de tratamiento sea asegurada a todos los periodistas sin excepción».

Observaciones.

Como puede verse por el anterior resumen, las diferentes Comisiones que han contribuido a preparar los trabajos del

próximo Congreso de la Prensa han dejado de lado la parte humanitaria e idealista del proyecto Yáñez, parte que—como se desprende del discurso con que el delegado chileno fundó su proposición—era el centro de ella y constituía su razón de ser.

Desde las observaciones que en el curso de los debates de la sexta Comisión y en su informe a la Asamblea formulara M. Hymans hasta las proposiciones concretas del último Comité preparatorio, se ve una voluntad—no por indeclarada menos clara—de reducir la cuestión a un problema técnico cuyos resultados podrían resumirse en mayores facilidades y más grandes beneficios para las empresas periodísticas y parte del personal a su servicio.

Naturalmente, puede sostenerse que una vez logrado lo anterior, el perfeccionamiento alcanzado se empleará—como se expresa en la moción Yáñez—en coadyuvar «a la obra del desarme y a la organización de la paz».

Estimo que para llegar a un resultado, ambas cosas debieran tratarse simultáneamente.

Es absurdo pensar que las informaciones falsas o tendenciosas transmitidas por Agencias cablegráficas y publicadas por los diarios (informaciones con las cuales se perturba el criterio público y las relaciones entre los pueblos), sean producto de deficiencias técnicas. En su casi totalidad ellas responden a un estado, que bien pudiera considerarse morboso, de la mentalidad actual.

Una necesidad de sensacionalismo se ha apoderado del espíritu humano y los periódicos—velando por sus intereses comerciales—hacen lo posible por servirla. De ahí que sus corresponsales y las Agencias de información transmitan rumores (unas veces inconsistentes, otras correspondientes a deformaciones de la realidad) que si no hubieran sido rodeados del ruido de la publicidad, podrían haber muerto sin llamar la atención de nadie, pero que—por el solo hecho de haberse lanzado a los cuatro vientos estimulan y exaltan el amor propio de los pueblos y los empujan al camino rojo de la tragedia.

«La prensa es celosa de su independendencia» —dijo M. Hymans.

Y para no herir tal independencia, se han dejado en pie todas las posibilidades—que la moción chilena tendía a combatir—de que ella pueda ser causa de la ruina de los pueblos.

Nadie más amante de su libertad que las colectividades nacionales. Sin embargo, el pacto de la Liga y los diferentes tratados internacionales que, bajo su influencia, han sido celebrados, la delimitan cada día más. Mejor dicho: eliminan de ella todo cuanto—por no responder sino a una hipertrofia de concepto—podría convertirse en amenaza o motivo de catástrofe.

¿Por qué la prensa habría de ser más susceptible y más intangible que las naciones?

Si el Pacto de la Liga fija sanciones para quienes perturben de hecho la paz y la armonía entre los pueblos, ¿por qué el Congreso de la Prensa no habría de establecerlas para quienes pueden ser un factor decisivo y aún la causa de dicha perturbación?

En los informes presentados por las diferentes comisiones preparatorias, ni una vez se menciona la posibilidad de reglamentar la información y de sancionar sus abusos. Sólo en una ocasión—en las respuestas llegadas a la primera consultación del Secretariado—el problema es abordado. Contestando al cuestionario de la Secretaría, la Asociación de Periodistas de Holanda, propone la «creación de un organismo permanente encargado de señalar a la atención pública las publicaciones perjudiciales a las buenas relaciones entre los pueblos».

Pienso que debiera irse más lejos. Del mismo modo que los tratados internacionales inspirados en el espíritu del Pacto de la Liga, consultan la idea de sanción, llevada a cabo por todos los contratantes contra el violador, la Conferencia de la Prensa podría establecer que una vez fijada la responsabilidad de una empresa, ésta debiera tener la sanción correspondiente. El procedimiento podría expresarse sintéticamente en la siguiente forma: «Si es un diario el culpable, las agencias telegráficas se comprometen a no proporcionarle ningún género de noticias. Si es una empresa cablegráfica, los diarios se comprometen a no aceptarle ninguna información».

Indudablemente, tal organización implicaría grandes dificultades y una seria modificación en la forma de los contratos. Ello no supone, en ningún caso, imposibilidad de llevarla a la práctica.

Mientras las empresas de publicidad no estén sujetas a un control, mientras los congresos organizados por la Sociedad de las Naciones se limiten a considerar el problema con el criterio empleado hasta ahora por las Comisiones preparatorias, será sólo un bello sueño, vago e irrealizable, la idea de que la prensa subordine sus intereses a la «obra del desarme y a la organización de la paz».

El reloj de la pobreza

ALHUÉ, debo reconocerlo, era un pueblo con individualidad. Sus habitantes tuvieron el buen gusto de bautizar las calles con nombres útiles, precisos y localmente históricos. Nada de remontarse a la Revolución Francesa ni al descubrimiento de la imprenta, ni invocar nombres militares, gregorianos o políticos.

La calle donde expendían pan, fierros y drogas, en vez de llamarse San Pablo o San Diego, denominábase razonablemente Calle del Comercio.

Después, más allá de la plaza, seguía la calle en que se construyó la primera casa de dos pisos y el primer hotel. Fué, por ambos motivos, Calle del Progreso.

Y la que a mí me albergaba, linda calle con el cementerio al fondo, un Alcalde filósofo y lector de Manríquez, decidió que se llamase Calle de la Unión.

La del oriente, no había en ella más que una casa perdida, fué Calle de la Libertad. Quien por ella transitaba veía campo, anchura y lejanía. Y así...

Seguía luego la calle de las mujeres que cantan, de las que son alegres y dan su alegría, y con su alegría su cuerpo, a todos los hombres; pero como también daban alcohol, los favorecidos con sus dones formaban con frecuencia trifulcas resonantes. Y variando un poco la denominación, los piadosos vecinos llamáronla Calle de Tribulco. Así parecía evocar algo de ascendencia araucana.

Y otra que va y baja con decisión al río, porque en ella se ubicaron tres sujetos que vivían de la pesca, fué Calle de los Pescadores.

Éste, ése y aquél habitaban casuchas miserables, raídas como sus propios trajes. Desde la acera, empinándose un poco sobre las vallas, se les veía trabajar: remendaban los puntos débiles de sus redes.

El segundo y el último tenían la edad de los hombres sin esperanza. Cuarenta y cincuenta años. Se parecían demasiado para no ser parientes; sus cabezas estaban cubiertas de mucha cabellera y de un poco de barba. Eran de estatura corriente, de aspecto vulgar. El descuido les cubría desde la frente hasta los pies. No tenían esperanza.

No se sabía, y nadie se preocupó nunca de saberlo, cómo y para qué el destino quiso reunirlos en este pueblo y en esa calle.

Eran víctimas del otoño lo mismo que las hojas. Nacieron para ser peones de la casualidad y resignarse a lo que viniera. Perteneían al ejército, al gris ejército de los hombres que malean la atmósfera, estrechan la tierra y afean la vida sin propósito ni razón.

Ahí estaban remendando las redes. Ahí estuvieron siempre moviendo las manos en el mismo afán. Y ahí seguirán hasta que Aliste se ponga su delantal de ancha cartera.

¡Aliste, habla con Dios!

Del primero la gente recordaba el nombre: Ismael.

Miraba desde el fondo de unos ojos grandes. Sus bigotes castaños cubríanle honestamente la boca. Su organismo, casi bien conservado, había dejado atrás más de treinta años. No era enfermizo, y, cuando solía reír, mostraba una dentadura sana, blanquísima, una de esas dentaduras que en la ciudad obligan a la risa constante; pero no era su fuerte la alegría.

Sin embargo, era muy industrioso. Pescaba, trenzaba el mimbre, pintaba casas, manejaba el serrucho. Siempre había pan en su casa. ¿Por qué trabajaba tanto? Algunos lo hacen para en-

riquecerse, otros para obsequiar a su mujer lindas inutilidades. Ismael, empero, no cambiaba de indumentaria, y su mujer se levantaba y acostaba con el mismo atavío.

Tenía un nombre con olor a yerba: Clorinda; pero estaba seca, con las mejillas amarillentas. Era alta, de frío mirar y muy habladora.

Si el pescador estaba en el patio remendando sus redes, ella remolineaba en torno, con el indispensable pretexto de quehaceres domésticos. No creáis que rondaba en silencio. Estaba su boca modelada para las recriminaciones, y se consagraba a ello casi de sol a sol.

Vivía agriada. Nunca, entre sus muchas palabras, se le escapaba una palabra alegre. Había suprimido de su existencia la cordialidad. Cuando no podía emprender contra su marido, emprendía contra su chico, el gato o las gallinas. El parrón mismo no era ajeno a sus invectivas. Según ella, no crecía como un álamo sólo para obstruirle el paso.

—Hasta cuando sufriré, Dios mío... —así comenzaba su monólogo—. Una se embroma teniendo chiquillos y mortificándose en la casa. Y al sinvergüenza no se le da ni pizca... No deja pasar mujer... La tonta trabaja como bestia y el caballero no se preocupa sino de amancebarse con cuanta licenciosa encuentra a mano. Pero le ha de salir bien salada... A esa yegua del bajo le van a pedir la casa. Tengo que correrte todas las mujeres. ¿Hasta cuándo quieres verme sufrir? Te haces el leso y te ríes... Ya veremos quién lo hace con más ganas. Me quejaré al Comandante.

Ismael solía responder con una tremenda bofetada.

Ese monólogo bronco, cotidiano, podía considerarse fina y velada alusión a la viuda del bajo. El Bajo era un rancho situado en el vértice de la calle con el río. Y lo habitaba la Viuda, la más saludable viuda que hayan visto mis ojos. Si su casa hubiese tenido un frontispicio de mediana nobleza, justo habría sido grabar en él este elogio de su dueña: «Tiene un firme tesoro debajo del vestido».

Ismael, a pesar de su actitud taciturna y guiado acaso por el sortilegio de su nombre hebreo, había logrado asir ese tesoro. De tarde en tarde desaparecía de su casa una semana entera.

Entonces Clorinda, llorosa, visitaba a Loreto. Ésta ponía en sus manos un paquetito de polvos. Apenas entraba la noche Clorinda iba a esparcirlos junto a la casa de la viuda, sin olvidarse de rezar previamente, y de encender velas a la Virgen que protege la integridad de los matrimonios.

Su marido regresaba un día cualquiera. Ella lo examinaba. Traía ropa más nueva y más limpia, y su fisonomía reflejaba el buen humor.

La roía el despecho; pero, conteniéndose, iniciaba un monólogo que en esta ocasión no era crepitante sino lacrimoso: la soledad, el niño, el sacrificio, su cariño desinteresado, eran la médula de sus abundantes palabras.

No sabía decir si el pescadero se emocionaba.

Pasado cierto tiempo, decía:

—Si estás dispuesta a continuar hablando, me voy.

Clorinda secaba sus lágrimas con el delantal, cerraba la boca y, transformada en otra Clorinda, se iba a la cocina. La merienda de ese día era mejor. En el lecho había ropa limpia. Ismael dialogaba con el chico. Producíanse lapsos de silencio. Y durante algunas horas flotaba en el hogar esa simpatía que le atribuyen los solteros.

Venía la noche, y trascurría.

La mañana empujaba a Ismael hacia el río. A las doce llegaba con sartas de pescados. Se iniciaba en ese instante el crepúsculo de la amistad.

—¿Qué comeremos hoy?—indagaba.

—Papas con luce y... porotos con chuchoca...

—¡Ah!— Esa exclamación terminantísima equivalía también a Maldita sea. Me recondenara, o Peor es morirse.

—Si no te gusta, ándate al bajo a comer manjares. Ya sé que no tengo suerte para nada, porque...

Ismael no respondía. Almorzaba la breve lista, se trasladaba al patio y ponía en trabajo sus manos.

Las palabras que seguían al porque de su mujer, terribles, candentes y alusivas palabras, no cesaban. Le perseguían, le hacían traspasar, le provocaban una especie de borrachera. La sangre se le iba camino de la cabeza. En vano procuraba silbar entre dientes. Nada. Poco a poco íbale entrando el deseo vehemente de asir a su mujer y pegarle sin lástima, hasta silenciarla...; pero no estaba bien alborotar a diario. Además, de no rematarla, el remedio resultaría peor que la enfermedad. Le daría asunto para mover la lengua un mes entero.

Se refugiaba en el cuarto de sus compañeros de oficio. Estos le recibían con una alegórica alusión:

—¿Y cómo va el baile?

—Así, así...— respondía, haciendo un gesto de molestia.

No se volvía a tocar lo pasado.

En cambio, el río entraba en la conversación, y la pieza se llenaba de peces legendarios.

El río de Alhué era modestísimo. A buen paso se venía desde la cordillera dando vueltas... Deteniase en cada curva para responder a los sauces que le saludaban en nombre de los pueblos. Y seguía con su humilde caudal hasta donde se acaba la tierra,

Aunque su condición no era altiva, le irritaba la descortesía de algunas aldeas que se retiraban a su paso. Bien se vengaba él, haciendo barrancos y pedregales.

Pero con Alhué era muy distinto. Desde su frontera corría jubilosamente por entre una doble fila de sauces y de espinos. Estos, desde los cerros, le hacían señales con sus ramas desnudas.

Frente al pueblo se dividía en varios anchurosos esteros.

Apenas comenzaba a quemar el sol, entraban en sus aguas los tres pescadores... Y ahí permanecían muy abiertos de piernas moviendo las redes.

Cuando una hora se iba sin rendimiento, exclamaban:

—Si a lo menos pescásemos un cuero...

Era un deseo valeroso y hereje,

Interiormente cada uno temblaba a su sola mención. En el último verano había desaparecido un niño bajo la mirada de varias personas. Una voluntad invisible le asió de los pies y le sumergió.

Se reunieron los vecinos, rastrearon el río y no hallaron el cadáver. Cuando la noche vino volvieron a juntarse, y el más vaqueano pegó sobre una tabla apropiada una gruesa vela, entró en las aguas y la soltó en el punto menos correntoso.

La tabla fué primero arrastrada al sur. Seguían los vecinos su avance. Después se desvió y entró en la órbita del remanso. Avanzó algunos metros y comenzó a girar sobre si misma, y de repente, hecho inverosímil, se hundió verticalmente.

Comprendió la gente, con pavor, que bajo el agua no había sólo cieno.

El pescador más viejo había visto un cuero en el atardecer de un distante verano. Se encontraba en la ribera tomando el fresco. Estaba tendido sobre el péril. La oscuridad asomaba en la lejanía. No había ninguna alma en los contornos, porque en Alhué se estaba celebrando entonces una novena. Su vista vagaba por la gris superficie del río; pero, al cabo de un instante, la línea del agua se rompió. Algo brillante, voluminoso, que tenía la vaga forma de una manta, estaba allí flotando... Se frotó los ojos para comprobar que no estaba durmiendo. El animal seguía casi inmóvil. De su anchísima cabeza partían fosforescencias... Y su cuerpo daba la impresión de estar cubierto por una piel brillante y coloreada. Era un feo monstruo, pero, resultaba imposible dejar de mirarle.

Clorinda despedía a su marido en las mañanas con un:

—¡Ojalá te coman los cueros!...

El replicaba:

—No te daré ese gusto sino otro...

En el tren de dos llegaba el pescadero provisto de sendos canastos. Tenía a pesar de su existencia ciudadana, el aspecto lento del campesino. Su rostro de indio, apenas vaciado en

chileno, era terroso. En el labio superior le crecían algunos pelos cerdosos. En su juventud trabajó la tierra; luego se vino al pueblo y, como todos los que tienen iniciativas, un día partió a la ciudad.

Ahora, transformado en don Manuel Jesús, explotaba a los tres pescadores.

Estos pasaban media existencia sumidos en el agua pescando peces y posibilidades reumáticas.

Don Manuel Jesús tenía sus mañas. Sabía regatear como vieja. Cuando había menos pejerreyes que truchas, pagaba mal, alegando que éstas eran desabridas y de difícil venta. Si abundaban los ejemplares grandes, aseguraba que los pequeños son los más sabrosos. Y si la plétora era de éstos, decía:

—Voy a comprarlos para darles llapa a los buenos clientes. Este río no trae más que piedras.

Cuando Ismael respondía a su mujer que no le daría ese gusto sino otro, traducía a su manera el confuso estado de su ánimo.

Clorinda empezaba a inquietarse y rogaba a Dios que suprimiese los días festivos.

Pero el domingo llegaba inevitablemente. A pesar del sereno sol, el aire liviano y la perspectiva azul, condiciones adecuadas para la alegría, la casa de Ismael estaba saturada de angustia.

Ismael desaparecía después de almuerzo. Se iba en derechura al Cementerio. Allí encontraba al viejo Aliste y, golpeándole la espalda, le invitaba:

—¿Vamos a matar el gusano?

Y se iban.

Vaciaban muchas botellas, en el almacén de don Nazario. Pasaba la tarde. Aliste peroraba sobre las ánimas. Decía también que, cuando muriese el asno, lo enterraría en el Cementerio sin avisar a nadie.

El vino enrojecía el alma de Ismael. La penumbra recordábase vagamente que algo le faltaba para completar el día... Salía a la calle empujado por el destino.

Suena un golpe en la puerta. Clorinda se sobresalta, y abre. El corazón palpita sacudido bajo su pecho. Ismael entra recto como garrote. ¡Qué instante ese!

Desde el patio ordena con voz ronca y absoluta:

—¡Trae tu pañuelo de reboso!

La mujer no replica. Quiere vacilar. Pero obedece.

—¡Tu pollera azul!

—¡La otra ropa!

—¡El manto...!

—¡Las enaguas...!

—Pero, Ismael... ¿Quieres verme desnuda?

—¡¡¡Las enaguas!!!

En el patio se van acumulando las más extrañas prendas femeninas. Acaso toda la reserva de la, en ese instante, pobre mujer.

Ismael, adusto y temible, aguarda con una botella en la mano.

Cuando todos los trapos de la casa están en la pila, impulsado por su alma roja, vacía el contenido de la botella.

En seguida sube del montón un haz de humo y llamas. Todo es implacablemente consumido.

Llora la mujer.

Grita el niño.

Ismael se duerme en un banco.

Desde arriba miran las frías estrellas.

Un día Ismael me hizo entrar en su cuarto. Estuvo quejándose de la suerte. Después, indicando la pared, me preguntó:

—¿No siente algo?

Escuché.

De la pared se desprendía un ruido leve, acompasado, comparable sólo al tic-tac del reloj.

—Pues bien—agregó;—es el reloj de la pobreza... Cuando se oye en una casa, los que en ella viven, están como maldecidos. Van siempre para abajo...

Santiago, 20 de Agosto de 1927.

El Diablo en Alhué

CON el título de *Los amores del Diablo en Alhué* publicó Justo Abel Rosales, hace más de treinta años, una novela fantástica y disparatada. No tenía Rosales condiciones de novelista, ni una imaginación fértil en recursos que le permitiera componer una buena novela. Más le hubiera valido haber referido escuetamente los curiosos incidentes consignados en el expediente judicial que le sirvió de cantera para labrar su engendro fantástico y diabólico, que haberse echado a escribir un novelón grotesco e inverosímil. Es Rosales un escritor completamente olvidado, aún cuando muchas de las páginas que trazó merecen recordarse entre las más curiosas de cuantas se han publicado sobre el pasado colonial de nuestro país; y aquel su folletín yace anónimo y desconocido en los anaqueles de bibliotecas y librerías.

Las tierras de Alhué, donde se desarrollaron los incidentes que serán materia de esta relación, fueron disputadas desde los primeros decenios de la conquista; pero sólo cobraron importancia en la primera mitad del siglo XVIII, con el descubrimiento de minas de oro, lo que determinó la formación de un activo centro minero. En Agosto de 1755 se le confirió el título de villa, con el nombre de San Jerónimo de la Sierra de Alhué. A fines de ese siglo, en los días en que ocurrieron los sucesos que contaremos, tenía Alhué un alcalde de minas, y el villorrio había alcanzado cierto desarrollo: tres calles, que corrían de

oriente a poniente, formaban la población. Disponía de más de cincuenta habitaciones, entre casas y ranchos, de plaza, capilla y una docena de trapiches.

El 27 de Agosto de 1792 formulaba el obispo de Santiago, don Blas Sobrino y Minallo, al oidor decano de la Real Audiencia, don Francisco Tadeo Diez de Medina, una denuncia gravísima: don Santiago Barreta, vecino de Alhué, mantenía comercio ilícito con sus propias hijas, valiéndose para ello de su autoridad de padre y en ocasiones de la fuerza y de la violencia. El incestuoso atentado había llegado a conocimiento de la autoridad eclesiástica por intermedio del teniente cura de San Jerónimo de la Sierra de Alhué, a quien lo había denunciado, a su vez la propia esposa del acusado. La ofendida había interpuesto además demanda de divorcio, «por los justos temores y fundados recelos que le asisten, como consignaba en su comunicación el propio Ilustrísimo Obispo, de que su esposo le quite la vida, o infiera otra grave injuria, si llega a entender que se ha quejado y dado cuenta de sus atentados inauditos». El diligente Obispo terminaba pidiendo se pusiera en prisión al mencionado Barreta y se dispusiera el inventario, depósito y secuestro de sus bienes.

Ante la gravedad del denuncia y la magnitud del escándalo, la resolución de la autoridad no se hizo esperar, y el mismo día se recabó la opinión del Fiscal de Su Majestad, debiendo realizarse la diligencia con la debida reserva. Era Fiscal de Su Majestad, don Joaquín Pérez de Uriondo y Martierena del Barranco, magistrado inteligente y laborioso que se apresuró a dictaminar con la mayor presteza dos días después. Desde luego se pronunció porque se librara mandamiento de prisión contra el acusado, se tomara declaraciones a la mujer y a las hijas, debiendo ser reconocidas éstas por personas competentes, y evacuadas las actuaciones conducentes al esclarecimiento de los hechos, fuera conducido Barreta a la real cárcel de Santiago y embargados sus bienes. «La práctica de iguales prolijas diligencias, agregaba, que son indispensables, a más de exigirlas a propia gravedad, y circunstancias del caso, no podrá facili-

tarse con toda exactitud y sagacidad por el diputado de Alhué, ni aún por otro juez que no se halle revestido de las cualidades de prudencia, literatura y rectitud. Y por lo tanto convendría para no aventurar el castigo de un crimen tan escandaloso y execrable, que V. A. nombrase al efecto algún letrado hábil, con todas las facultades correspondientes, hasta poner al reo en esta real cárcel, y entregar la sumaria completa de modo que sin tropiezos ni dilaciones pueda progresar, y determinarse la causa.

El alto Tribunal resolvió que el abogado don Juan de Dios Gazitúa, asistido del receptor Joaquín Godoy, pasara inmediatamente, sin excusa alguna, y a costa del acusado, al pueblo de Alhué a instruir el sumario correspondiente. El 3 de Septiembre fueron notificados el abogado y el receptor y cuatro días después se hallaban ya en Alhué dando cumplimiento a la comisión que se les había encomendado. El acusado fué detenido sin pérdida de tiempo y se le tomó su primera declaración. Expresó tener cuarenta años de edad y ser natural de la villa Brinsona del Principado de Suiza, que su ocupación era el comercio, particularmente el tráfico de metales. Negó rotundamente el horrendo crimen que se le imputaba, en forma resuelta y terminante, y culpó a su mujer de ser la causante de la difusión de la grosera calumnia, por cuanto, no sólo prorrumplía en cuantas voces denigrativas le acudían a la imaginación, sino que concluía por celarlo con diversas mujeres de la villa, y últimamente con sus propias hijas.

Desde el primer momento manifestó el comisionado de la Real Audiencia la mayor diligencia y acuciosidad, y después de interrogar al acusado procedió a hacerlo con la denunciante, doña Juana Putiel, su mujer. Insistió ésta en lo que ya tenía manifestado al cura del pueblo, haciendo presente que aún cuando no le constaba, lo creía sin la menor duda, porque sus hijas se lo habían expresado. Larga, minuciosa y prolija fué la declaración del acusado, e insistente, agudo y tenaz el interrogatorio a que la sometió, con inflexible severidad, el comisionado Gazitúa. Estrechada a preguntas, sorprendida en la vague-

dad e incertidumbre de sus asertos, en la imposibilidad de aducir una prueba concluyente y decisiva, la denunciante terminó por afirmar que «aún durmiendo con dichas sus hijas, le han contado éstas que en la propia noche ha estado su padre con ellas, pero que la declarante ni lo ha sentido, ni visto, sin embargo de haberse pasado aquella propia noche cuasi toda ella en vela, concluyendo por decir que según estos antecedentes, sólo el Demonio tomando la figura de dicho su marido pudiera en iguales circunstancias ejecutar lo que sus hijas le cuentan por la mañana».

Fueron interrogadas en seguida las hijas del acusado, Dolores, Juana y María Concepción Barreta, de once, diez y nueve años de edad, respectivamente, y todas tres estuvieron de acuerdo en sostener la tremenda acusación formulada contra su padre, pero sin aducir testimonios que pudieran reputarse decisivos; antes, por el contrario, preguntadas sobre si tenían la certeza de haberse tratado de su propio progenitor, manifestaron serias dudas, por haberle desconocido la voz, y la menor insistió en que se trataba del Maligno. «Preguntóle por qué dice haberle tenido miedo conociendo que era su padre, reza el expediente. Respondió porque le pareció que era el Diablo. Preguntóle en qué le parecía afigurársele al Diablo. Respondió que en lo grueso del eco».

El mismo día, sin pérdida de tiempo, el comisionado de la Real Audiencia dictó una providencia recabando los servicios de dos matronas de toda conducta, a fin de que, después de examinar a las jóvenes Barreta, informaran sobre el particular. El dictámen de las nombradas fué terminante: Juana y Dolores Barreta eran doncellas. No hallando palabras con que hacer resaltar la seguridad de su convencimiento, según consigna el documento, ambas expresaron: «Señores, como que hemos de morir y que sabemos el gran cargo que tenemos en este asunto tan delicado, no podemos menos que decirles que tan virgen está una como otra y que decir lo contrario fuera levantarles un falso testimonio».

No se dió por satisfecho el comisionado con el examen de

las personas más directamente afectadas, sino que procedió a interrogar prolijamente a toda la servidumbre de la casa, comenzando por una tal Petronila Rojas, que había servido durante cinco años en el hogar del desventurado suizo. El ánimo supersticioso de la sirviente y su rudimentaria inteligencia, atribuían al Demonio la causa de traer trastornada la casa de Barreta, con todas las lamentables consecuencias que se estaban palpando. En su declaración, no hizo más que confirmar lo que para ella era el más firme convencimiento, de que el Diablo era el perturbador de la tranquilidad de ese apacible hogar poblano. De idéntica opinión fué la esclava Inés, parda, de veintidós a veintitrés años de edad, quien, viviendo con las hijas de Barreta en la mayor y más constante intimidad, era la más indicada para puntualizar la exactitud de los cargos que se hacían al acusado. En opinión de la esclava, su amo era un padre respetuoso y ejemplar, cariñoso y discreto con sus hijas; reconoció que tenía frecuentes disgustos con su mujer, pero que, según lo que había experimentado, no podía menos de formar concepto de que todo era cosa del Demonio. Y el abogado comisionado por la Real Audiencia, a pesar de sus esfuerzos, no pudo arrancar a la declarante mayores luces sobre el asunto, por cuanto con la ingerencia que ella daba al Diablo se explicaba a sus ojos todo lo que escapaba al espíritu zahorí del abogado.

De las prolijas declaraciones de otros siete testigos, allegados o amigos de la casa, no salió nada de bien parada la esposa del acusado: todos estuvieron de acuerdo en apreciar la altivez de su carácter, sus continuas quejas y el amargo trato que daba a su esposo. Todos convinieron en caracterizarla como enredadora, respondona y testimoniera. Amargaba la existencia del pobre suizo celándolo con las mujeres de la casa y con las extrañas, con sirvientas y con las propias hijas. La vida se tornó así para el extranjero en una pesada cadena, que arrastraba triste y condolido: no fué, pues, extraño que llegara a pensar en quitarse la vida. Revelador resulta en este sentido el testimonio de uno de los declarantes, don Juan Gorbea, de

48 años de edad, entrañable amigo del acusado. La tristeza y la melancolía se apoderaron de Barreta al ser acusado por su mujer de incestuoso, sin ser en ello cooperante, y que «por desvelarle estos fúnebres pensamientos, reza el expediente, le sacaba de continuo a pasear por el campo, y que todo era llorar, quejarse de su infausta suerte y de la temeridad con que su mujer le acumulaba un tan criminoso hecho que ni por el pensamiento le había pasado». Gorbea, el amigo de la casa y del trabajo, el compañero desinteresado y sincero, concluía por aseverar que cuánto se imputaba a Barreta era una quimera urdida por el Demonio para perderlo.

De la propia confesión del acusado no salió mejor librada doña Juana Putiel, pues no fueron grandes elogios los que su aporreado marido hizo de ella. Pero sin atinar a dar una respuesta satisfactoria a los extraños sucesos ocurridos en su hogar, el propio suizo insinuó la posibilidad de que sólo el Demonio, revestido de su figura, pudo haber realizado lo de que se le acusaba.

El 13 de Setiembre de 1792 remató el abogado Gazitúa las diligencias que le había encomendado la Real Audiencia y que con tan vehemente rapidez había llevado a cabo. En el informe que despachó al día siguiente en la misma villa de Alhué, hacía presente la exactitud, cristiandad y desvelo con que había procedido, sin omitir diligencia alguna, y expresaba el convencimiento que se había formado de la inocencia del reo.

En estas circunstancias, la Real Audiencia demandó nuevamente el auxilio de las profundas luces del fiscal Pérez de Uriondo, y es particularmente curiosa la perplejidad de que dió muestras el activo funcionario de S. M. ante testimonios tan contradictorios. ¿Cómo se explica las divergencias el celoso magistrado? Si la denuncia de doña Juana Putiel, por sus gravísimas circunstancias, decía, dió margen al asombro, no debe causar menos admiración la lectura de las diligencias practicadas en Alhué por don Juan de Dios Gazitúa; y habría que reconocer que, o las referidas imputaciones tienen su origen en la odiosidad y celo de la mujer, o que ha sido un sueño e ilusión de

las hijas del acusado, causado por algún Demonio de los que se dicen Incubos, es decir, de aquellos que pueden transformarse en un cuerpo semejante al humano. Y el fiscal real discurría con toda seriedad sobre los maleficios que podían causar aquéllos, los diabólicos recursos de que podían echar mano y su poder infernal. No se dió, pues, por satisfecho el Dr. Pérez de Uriondo con las diligencias realizadas, y estimó que el comisionado debía ampliarlas, debiendo proceder al careo del acusado con sus hijas y demás testigos, al examen de la cerradura de la puerta de la pieza en que dormían aquéllas, y de la caja en que una de ellas estuvo encerrada, y practicar todas las averiguaciones necesarias, porque «siendo ya este un negocio que ha causado el horror y estrépito que manifiestan los autos, es necesario que en su esclarecimiento no se pierda el menor ápice, ni queden pendientes cuantas escrupulosidades conduzcan a poder formar una idea cabal y cierta del suceso».

Procedió, en consecuencia, el comisionado Gazitúa, a trasladarse nuevamente a Alhué, donde inició un nuevo interrogatorio del acusado y de las hijas de éste, y un careo de unos y otros. Como tanto las hijas y la mujer de Barreta persistieran en sus declaraciones anteriores, sosteniendo resueltamente sus cargos, el suizo insistió en atribuir todo a la intervención del Demonio. Pero la mujer del acusado se mostró en ésta ocasión menos obstinada en sus afirmaciones y estuvo a pique de cantar la palinodia, porque, según dijo, «haciéndose cargo de que en todo esto ha andado el Demonio», temía haber sido muy precipitada en sus graves acusaciones. El careo de una de las hijas con el padre fué igualmente curioso, pues, afirmándose aquélla en lo que tenía declarado, y negando terminantemente Barreta el cargo, terminó la joven por decir que «una vez que su padre lo negaba sería ilusión del Demonio», agregando que debía conjeturar que el Demonio lo había dispuesto así para que lo creyese.

Como las nuevas diligencias practicadas no dieran más luz en el asunto, resolvió el comisionado de la Real Audiencia poner inmediatamente en libertad al acusado, y que se dirigieran a

Santiago doña Juana Putiel y sus cuatro hijas. En estas circunstancias se produjo la reconciliación de los esposos, en forma que no daba lugar a poner en duda la sinceridad del propósito que abrigaban. Es, en este sentido, encantadora la nota con que el abogado Gazitúa elevó los autos al conocimiento de la Real Audiencia, en la que dejaba constancia que tanto Barreta como su mujer «me han pedido que quieren y con grandes ansias desean volverse a juntar cuanto antes a vivir en unión maridable, por conocer que todo lo acaecido ha sido una pura ilusión del Demonio, y que protestan ser en lo futuro el ejemplo de los matrimonios, perdonándose a mayor abundamiento mutuamente las ofensas que se han hecho, y don Santiago el agravio que ha recibido con la escandalosa prisión que padeció». Agregaba Gazitúa que Barreta había acompañado a su esposa hasta dos jornadas de Alhué, «con tal unión y complacencia que parecía haber sido aquel día el de sus bodas».

La Real Audiencia no quiso resolver en tan grave materia sin oír nuevamente el dictamen del fiscal, quien, considerando que este asunto «era pura quimera y enredo», fué de opinión se mandara restituir a Alhué a doña Juana Putiel y sus hijas, advirtiéndose a la primera que era necesario guardara la paz y unión que debía con su marido, pues en caso contrario se le impondrían mayores penas, en atención a la ligereza con que había procedido. Y todo terminó como en las comedias: retractándose solemnemente la promotora del escándalo de las acusaciones que había hecho a su marido, todo lo cual expuso ante el solemne oidor don Juan Rodríguez Ballesteros. Muy elocuente es el testimonio del documento mismo, digno de que lo lean cuantas Crisantas habidas y por haber amargan las existencias de sus maridos, por lo que no queremos regatearle el paladearlo al paciente lector. «Que en estos términos, reza el documento, y conociendo su yerro, y que ha sido mal dirigida, o no bien aconsejada, se retracta de cualesquiera expresiones que resulten de sus declaraciones, contrarias y opuestas a la estimación, crédito, cristiandad y buenas costumbres de su marido, protestando pedirle perdón de lo que le hubiere ofendido y

agraviado, por la sencillez y fácil credulidad de la declarante, confesando al mismo tiempo que en diecisiete años que tienen de casados, jamás le ha dado motivo para que se queje de sus procedimientos y antes sí ha cumplido exactamente con sus obligaciones y la ha tratado con el amor y la fidelidad que corresponde a los buenos casados; suplicando al tribunal que por un efecto de su bondad se digne dispensarla en los yerros que ha cometido, dando la providencia que estime más oportuna a la reunión con su marido, que es lo que desea, con lo demás que contemple conveniente su notoria justificación, y a que continúe su matrimonio con la paz y quietud con que han vivido anteriormente.

Y así quedó la paz de un hogar restablecida, la inocencia justificada, la justicia de Su Majestad satisfecha y el Maligno descubierto en sus siniestros propósitos.

Hombres, ideas y libros

Antología de la nueva prosa francesa

Editorial Kra, París

BIEN conocida de los lectores de ATENEA es la colección de documentos editada por las ediciones del «Sagittaire», de Simon Kra: recordamos haber leído en esta revista comentarios sobre el libro de León Pierre Quint, *Marcel Proust, sa vie, son oeuvre*. Kra ha dado recientemente, en esa misma colección, una *Antología de la nueva poesía francesa*, de la cual no hablaremos, por haber dado ya nuestras principales ideas sobre la poesía francesa contemporánea en un artículo anterior. Pero señalo ese importante documento—la antología, no mi artículo...—a todos los que en Chile se preocupan de poesía, y esos son, ¡ay!... numerosos... Digo ¡ay!... porque me parece que Chile ha llegado a un período de su historia en que le conviene más tener prosadores, y diré más, industriales, mineros, que rimadores. ¿Que estoy blasfemando? No: cuando se tiene alma de poeta, qué espléndidos poemas *en acción* se realizan... Más vale vivirlos que escribirlos. Los que han realizado el milagro de la Universidad de Concepción me comprenderán: su obra vale más que cien tomos de sonetos...

A su *Antología de Poetas*, Kra acaba de añadir hoy un tomo de *Antología de la nueva prosa francesa*. Nos ocuparemos hoy de este último libro. Y diremos, para acabar de una vez con la Antología de poetas, que la de prosadores le es infinitamente

superior: no por la selección, sino que por la calidad del contenido. Es curioso constatar que salvo unas cuantas excepciones, como Vehaeren, Supervielle, Baudelaire, Claudel, todos los poetas de la antología son también prosadores, y vale mucho más su prosa que sus versos, o, como en el caso de Jules Romain, y Paul Valery, son de igual mérito. Eso es muy significativo, nos muestra que en nuestros mejores prosadores del día hay el famoso *poeta muerto joven*; pero eso es más un fenómeno fisiológico que un acontecimiento literario. Ver que André Gide ha escrito malos poemas no nos adelanta gran cosa. Sólo nos da esa útil indicación: nuestros modernos prosadores pudieron ser poetas; pero se han dedicado más bien a la prosa, sea por temperamento, sea porque en Francia, en el siglo XX, es casi imposible escribir versos. Bien por los que viven plenamente su época, y que son fieles a su verdad.

El resultado es que nos dan una prosa mucho más matizada y emocionada que lo que había sido hasta entonces la prosa francesa. Viven una época poética; sólo los que no se dan la pena de mirar hablan del prosaísmo de la vida moderna: hoy, hasta los hombres de negocios son seres de imaginación y ensueño. Ford, por ejemplo, ha necesitado tanto vuelo imaginativo para crear su obra gigantesca como sentido de organización. Todo lo que nos rodea nos comunica emociones vivas; todo tiene vislumbres maravillosas, desde la electricidad hasta los viajes en aeroplanos, pasando por los milagros de la radiotelefonía. Eso, en el momento preciso en que los moldes poéticos están tan gastados que, salvo Paul Valery, nadie logra expresarse con ellos; Claudel, Supervielle, Romain, renuevan el poema a fuerza de genio. Y aquel compromiso nos da prosadores como Giraudoux, por ejemplo, que es pura imaginación, pura fantasía, poesía pura. De los fragmentos de Paul Giraudoux que se encuentran en la Antología de prosadores, diremos lo que se dice casi siempre de las antologías: que son características de su manera, pero que están lejos de dar la sensación maravillosa, parpadeante, centelleante, de su obra. Leído por trozo, se destacan

más bien los defectos de su estilo, esos defectos de los cuales se va libertando más y más, en *Bella* primero, y, últimamente, en una corta novela de realización admirable *La première disparition de Gérome Bardini*. Pero no nos podemos detener en cada autor. Nuestra misión es, hoy, señalar esa Antología y decir en grandes líneas lo que encierra. He aquí el sumario: Jean Richard Bloch, o Blaise Cendrars.—Georges Delteil.—Drieu la Rochelle.—Georges Duhamel.—Leon Paul Fargue.—André Gide.—Jean Giraudoux.—Panait Istrait.—Max Jacob.—Marcel Jouhandeau.—Valeri Larbaud.—Pierre Mac-Orlan.—Henry de Montherlant.—Paul Morand.—Jean Paulham.—Marcel Proust, Ramuz.—Ribemont Dessaignes.—Jules Romains.—R. Russel.—André Salmon.—Philippe Soupault.—Paul Valéry. No están todos los que son, ni son todos los que están... Entre las omisiones deplorables, están las de André Maurois y François Mauriac, que los autores de la Antología creen explicar en su prefacio, diciendo que no dan páginas de escritores que no han traído nada nuevo en la prosa francesa. Sin embargo, debemos a Maurois la introducción entre nosotros de cierta fecunda modalidad inglesa; y a François Mauriac, una frase amplia, cálida, sensual, profundamente seductora. Al lado de eso, los señores Ribemont Dessaignes y Raymond Roussel no tienen ninguna importancia.

Cada autor está presentado en algunas líneas que lo sitúan acertadamente en el mundo de las letras francesas. Personalmente, atraeremos la atención de los lectores sobre Marcel Jouhandeau, una de las personalidades más fuertes y curiosas de la nueva generación. Es el novelista del misticismo en todas sus manifestaciones. Sus obras no son de muy fácil lectura, pero ¡qué admirable riqueza, en *Monsieur Godeau intime*, por ejemplo! De casi todos los demás escritores que componen la Antología, nos honramos de haber hablado sea en **ATENEA**, sea en los artículos que enviamos a *La Nación*. La misión de toda antología es despertar curiosidades, por un lado, y, por el otro, permitir comparar entre sí algunos escritores, y dar así un

vistazo de conjunto sobre las tendencias actuales de la literatura de un país o de una época. La Antología de Prosadores que nos da la casa editorial Kra, me parece responder muy satisfactoriamente a esas exigencias.

MARCELLE AUCLAIR.

Introspección y Literatura

(ESTUDIO DE PSICOLOGÍA CONTEMPORANEA)

IA introspección—y toda clase de psicología—parece, en la elección de ejemplos, en el sentido que le damos, comprender investigaciones y enriquecerse de obras tanto literarias como filosóficas y abstractas. Sin embargo, se debe allí establecer algunas diferencias.

La teoría de la introspección, tal como la han intentado diversos filósofos—desde Maine de Biran a Rouston en Francia, o Williams James en América,—y tal como se la examina aquí, sólo quiere ocuparse de rasgos comunes a todos los espíritus. Hemos demostrado que la introspección no puede abstraer científicamente, porque no puede aislar elementos para hacerlos obrar separadamente y considerarlos en estado puro. Sólo puede intentar abstracciones de las cuales el buen gusto, el sentimiento estético, el *esprit de finesse* (fino discernimiento), reconocen la exactitud. Y es una teoría, a pesar de todo, en la cual la personalidad del teórico,—si aquél tiene personalidad,—será visible lo mismo que en una obra de arte. Pero el fin de la obra literaria es pintar estados espirituales individuales y particulares. Se dice con razón que el lector debe poder reconocerse en toda creación literaria, pero al mismo tiempo debe reconocer *otra persona*: deseando observar y aprender. Lo que se llaman lugares comunes de la literatura depende, pues, al mismo tiempo de la filosofía; todo lugar común sobre el interior del espíritu forma parte de la psicología introspectiva. Lo que la mayoría de los psicólogos niegan por afectación científica, repi-

tiendo lugares comunes en lenguaje técnico. La mayoría de los capítulos de introspección de los libros de psicología son como herbario algo opaco de la literatura subjetiva.

La psicología introspectiva daría, pues, las reglas, limitaría el terreno, y daría los resultados más generales de un juego en el cual parte de la literatura, la directa, la sincera, serviría de ejercicios y de campo de experimentos.

Una dificultad surge: literatura y psicología no parecen juzgar según las mismas reglas: la literatura escoge y compone las realidades interiores, con el fin de obtener el mayor efecto posible, y el lector juzga entonces según la unidad y la vivacidad de su emoción; la psicología busca una verdad, y el lector usa de su discernimiento para apreciar si su experimento o el término medio de esos experimentos, corresponde bien a la impresión que le produce la obra. La obra literaria se juzgaría más por ella misma, y la obra psicológica por sus relaciones entre ella y nosotros. Más puntos litigiosos quedan aún, experimentos dudosos. Por ejemplo, es imposible, hemos dicho, observar la caída del espíritu en el sueño. Sin embargo, se puede buscar en las palabras, en las imágenes, una expresión *semejante*, sino fiel, al recuerdo vago que guardamos de esta caída. ¿Esa clase de descripción será valedera? ¿Nos instruirá sobre lo que pasa en nosotros? ¿Qué decir entonces de una descripción puramente imaginaria, como la de la caída del espíritu en la muerte? A menudo, sólo la imposibilidad nos impide creer. Parece que lo más sencillo, para la psicología introspectiva, es rechazar esos experimentos imposibles, ya que la verdad,—ese género de impresión estética que la psicología introspectiva llama verdad,—es para ella la regla del juego.

En esas condiciones, esos experimentos imaginarios tan plausibles deberían enseñarnos a desconfiar de todo, pues al fin es natural pensar que hechos interiores posibles y observables han debido ser inventados de la misma manera. El fino discernimiento es un sentido personal, falible, pues varía según los espíritus, y cada uno acepta la verdad que quiere. Y las diferencias individuales son suficientemente grandes para que se pueda

dudar de un hecho verdadero del pensamiento ajeno. ¿Pero acaso no se podría, si se quiere simular, dudar de todas las declaraciones, de todas las confidencias?

Queda, sin embargo, para controlar la sinceridad de las obras escritas, un recurso casi misterioso, que es una diferencia en el modo de envejecer. Un texto contemporáneo puede engañarnos, seducirnos: se aprovecha de emociones más vivas, de palabras o imágenes más nuevas. Un texto antiguo, que no está apoyado en la sinceridad, trasuda mentira, pierde todo interés: al contrario, una confidencia que respondía verdaderamente a una vida interior puede sobrevivir a una expresión descuidada, un estilo envejecido hasta parece dar más fuerza a un acento verdadero, y la originalidad espontánea, sin rebuscamientos, va resaltando con los años.

La obra de Chateaubriand se ha marchitado, ya no engaña a nadie; yo recuerdo haber leído, de muchacho, su relato de viaje a América: yo creía de buena fe que era una novela relatada en la primera persona. Aprendí sin sorpresa que se había descubierto, por documentos de innegable autenticidad, que parte del viaje era imaginario. Lo demás es tan artificial.

Stendhal sólo va creciendo: obras tan alejadas del lector como el *Journal* o *Henri Brular* tienen como principal atractivo una invencible impresión de verdad. Yo no sé si Stendhal ha omitido o inventado hechos, pero en cuanto se puede afirmarlo, partiendo de un sentimiento meramente estético, él no *miente jamás sobre una impresión*.

Esos dos ejemplos son los más característicos, pero muchos otros podrían dar confianza en la introspección bien hecha, y alentarnos a ser sinceros en literatura, si los escritores se preocupasen aún de la posibilidad de hacer obra duradera.

JEAN PREVOST.

Alfredo de Vigny.—Edgardo Allan Poe

Pero tú te mantendrás oculto en la naturaleza y no tendrás tiempo de frecuentar la Bolsa o el Capitolio.

EMERSON.

I

EN los dominios del arte, existe cierta categoría de artistas que parecen fuera de toda clasificación posible. Una extraña luz cae sobre ellos y su planta no huella el ancho sendero por donde marchan los demás hombres. Su obra de una seducción misteriosa, no tiene sin embargo continuadores, pues al mismo tiempo es la desesperación y el fracaso perpetuo de todo aquel que pretenda imitarla. Son éstos, a pesar de todo, legión que va a engrosar, sin interrupción, el muro de víctimas que la circunda.

El Arca de la Alianza—el ara santa de Israel—no estaba mejor custodiada por los «guardianes del umbral» del contacto del profano, que lo está ésta del alcance del vulgo.

Es en esta esfera particular del arte donde se nos presentan como dos príncipes de la poesía universal, el poeta de Eloa y el poeta de Ligeia.

Probablemente no los haya de más alto linaje.

Homero y Virgilio, Esquilo y Lucrecio, Dante y Shakespeare, Goethe y Hugo, Ibsen y Tolstoy, Whitman y Tagore, es verdad, han cubierto bajo su amplio manto una porción mayor de humanidad. Han encausado la corriente central de vida en la historia y sus cantos resuenan con todas las notas del espíritu a

través de las diversas lenguas, como el «ruido de muchas aguas» a través de las edades.

Han pontificado majestuosamente.

Como el titán de la fábula, han llevado el mundo sobre sus hombros.

Por el contrario, Poe y Vigny que apenas lo han tocado con la punta de sus pies, en los momentos de laxitud en que han plegado las alas, hacen resaltar la nota aguda de su voz personal en el coro solemne de estos cantores universales.

En medio de las multitudes van horrorosamente solitarios.

Marchan fuera de toda senda conocida y no han dejado huella alguna de su paso en ninguno de los planos inferiores de la inteligencia: el comercio, la industria, la política, el profesionalismo y la cátedra. Cáliban les fué un personaje desconocido.

Murieron con la mirada recta y las manos limpias.

Nunca dejaron de ser, ni dejarán de serlo jamás, «ellos mismos».

Pasa Vigny como una esfinge en medio de la orgía romántica.

«Et Vigny plus secret,
Comme en sa tour d'voire, avant
midi reintrait»

dice Saint Beuve en unos versos célebres.

Y en sus Memorias inéditas anota todavía: «Alfredo de Vigny ignora las cosas de la vida y quiere ignorarlas; vive en una perpetua alucinación seráfica».

Uno de sus contemporáneos constata que nadie jamás ha visto a Vigny en la mesa.

«Yo marchó lentamente por las calles, escribe él mismo en su Diario Intimo, porque todo mi cuerpo escucha a mi cerebro que habla sin interrupción. Los mundos pasan ante mis ojos, entre la palabra que se me dirige y la que respondo».

Y Sandeau aseguraba, más o menos humorísticamente, que con Vigny nadie de este mundo se había tratado familiarmente, ni el mismo Vigny.

Por su parte él repelía a menudo: «La soledad es santa». En Poe, el contraste degenera en conflicto.

Cruzan la atmósfera enrarecida, reflejos y estridencias que le sacuden la médula.

La miseria de lo cotidiano le asaetea. La insidia tenaz del azar le ensombrece todas las horas. Y la hipnosis del más allá tamborilea sin cesar en sus oídos.

Perdido el control de los nervios, se arroja en el Leteo ardiente del alcohol que concluye por abrirle de par en par las puertas del Infierno.

Una tromba de Ghulias, Strygias y Larbas sepulcrales se precipita entonces en su cerebro y lo vampiriza. Espectros proteicos montan guardia permanente a su lado; manos invisibles llegan hasta su garganta. Se abandona y flota; se crispa y silba. Pierde el divino contacto con el alma del mundo; lo succiona el abismo.

Pero la «voluntad que no muere» tiende su espada litúrgica a través del espacio resonante. Retrocede la sombra, se abren las nubes y en medio de un recogimiento diáfano se alza la frente del poeta sobre el mundo que le asedia, como una «luna mística» que se levanta y esplende ante la mirada elemental de saurios y trasgos de la noche plutoniana.

Un ensueño plateado besa la frente ríspida del Erebo. Y las lágrimas de un miserere nocturno ruedan musicalmente en la sombra...

Si Eugenio Pelletan resucitase en nuestros días, seguramente no diría el mundo marcha. Es posible que no se conformaría ni aún con decir el mundo vuela, sobre todo al considerar los veinticinco años corridos del presente siglo.

Instituciones, ideas, artes, ciencias, la vida misma, aceleran el vuelo con el zumbido catastrófico de una caída. Los hombres se vuelven sombras y las sombras se alargan y vibran en un vapor candente.

La tranquilidad de la naturaleza parece haber sido perturbada: cegada con sangre, soliviantada con fuego.

Guerras universales y terremotos, alteraciones magnéticas en el sol y crisis profundas en la conciencia de la humanidad.

Indudablemente, es algo viejo que muere o algo nuevo que nace.

Un profesor de literatura, hace poco, anotaba más de treinta escuelas literarias, sólo en Francia y comprendidas en el período de las dos últimas generaciones. Y a este propósito hacía la siguiente cita de un manifiesto recién aparecido en que se define una de dichas escuelas:

«Super realismo.—Automatismo psíquico puro, mediante el cual uno se propone expresar, sea verbalmente, sea por escrito, sea de otra manera cualquiera, el funcionamiento real del pensamiento. Dictado del pensamiento fuera de todo control de la razón, fuera de toda preocupación estética o moral».

Sin temor a equivocarnos, puede decirse que esto es, ni más ni menos, que el camino del menor esfuerzo, la línea de menor resistencia. La línea de todo lo que cae a plomo.

Acentúalo más aún el párrafo que viene en seguida:

«...Póngase Ud. en el estado más pasivo o receptivo que pueda. Haga abstracción de su genio, de sus talentos y de los talentos de los demás. Escriba rápidamente, sin objeto preconcebido, lo bastante ligero para que Ud. no retenga, ni sea tentado de releerse. La primera frase vendrá por sí sola, etc.»

A primera vista podría tomarse también como una de las muchas prácticas o procedimientos empleados por ciertas escuelas de misticismo u ocultismo para trasportar la conciencia de un plano a otro. Hay, sin embargo, una diferencia fundamental.

Aquellos al abatir todas sus facultades sensoriales, sin un objetivo previo, carecen de todo punto de apoyo para desplegarse en un plano de conciencia superior, pasando así a ser víctimas indefensas de todas las fuerzas disolventes de la gravitación psíquica externa.

Y estos, por el contrario, al formular previamente un objetivo determinado, entrarán, sin mayores dificultades, en un plano superior de conciencia, por derecho intrínseco, como el astro que gravita en su órbita propia.

Es la línea del mayor esfuerzo para los unos y del abandono máximo para los otros. No hay, pues, de común entre ambos más que el récord de la línea recta; pero mientras aquellos la suben, éstos la bajan.

Y este Flegetonte de bajada encausa, a no dudarlo, la corriente central de ideas, escuelas o tendencias en el arte actual. La pintura, la literatura y la música convergen hacia él. Las multitudes siguen con la vista el triste curso de sus aguas. Vapores corrosivos impregnan el aire pálido, y a su influjo la razón se vale de sus propios recursos para destruirse, recorriendo en una regresión mórbida todo el génesis morfológico de sus creaturas.

La voluntad, que es la palanca de toda vida, se quebranta y desaparece, dejando el paso expedito al choque fatal de todas las fuerzas ciegas.

Las ruedas de la vida comienzan a girar para atrás. Se organiza la ciencia de la demencia y se promulga la religión de la nada. Una potencia anónima pone su miseria en todas partes, su grandeza en ninguna. Nada resiste, nada brega, nada llora. Es la «guerra química» en los dominios del espíritu. La materia que se disgrega, el alma que cae a plomo.

Guardémonos bien, sin embargo, de menospreciar este pudriero donde se descomponen todos los organismos y fermentan todos los gérmenes, porque precisamente de ahí nacerá el arte del porvenir. Ahí está la semilla.

Una profunda descomposición o una gran laxitud preceden siempre a los grandes alumbramientos. En el punto en que la naturaleza va a levantar las montañas más altas despeja previamente el horizonte.

Un hilo invisible une el pasado con el futuro, pues con la fugacidad de estas dos realidades tejemos la ilusión permanente de cada momento.

«Todo lo que nace tiene que morir y todo lo que muere tiene que renacer», dice el Bagahad Gita. Es la ley suprema que perpetúa la vida en la renovación incesante de las formas.

Pero así como es indudable que en los veinticinco años corridos de este siglo no se ha hecho más que destruir, es tam-

bién iududable que en el siglo que pasó, han culminado las artes en la plena madurez de todas sus formas.

Mas es de tal modo una soberanía la creación de las formas que sus mismos destructores son los primeros en proclamarse artistas, es decir, creadores.

Para los que se mantienen firmes y serenos, sin soltar de sus manos el hilo de Ariadna en medio de esta danza de la muerte; para los que no ven en ella más que un fenómeno conocido, necesario y transitorio, quiero evocarles de paso y en sus rasgos esenciales, las figuras egregias de dos príncipes de la poesía universal: el poeta de los «Destinados» y el poeta de «Morella». Para los que viven indistintamente en el pasado como en el futuro, quiero repetirles al oído los nombres de estos príncipes porphirogénitos del espíritu.

ANANTA VIJAYA.

Prosistas chilenos jóvenes: Marta Brunet

AL estudiar la prosa contemporánea en Chile es fácil advertir en ella dos tendencias. La una puede ser llamada tradicional. Mira en la prosa un instrumento literario al cual puede concederse mayor o menos importancia, pero que no es más que instrumento. Quiere esto decir que su objetivo reside en comunicar sentimientos o impresiones, ideas o ensueños. Los escritores que siguen esta tendencia escriben según las viejas—¿eternas?—normas del estilo. Su norte es la claridad expresiva; sus caminos, la propiedad, la lógica y buena disposición de los términos.

Los escritores que forman este grupo son poco numerosos.

Mayor actualidad tiene otra tendencia moderna, nacida en nuestros mismos días. La prosa ha pasado a ocupar en ella el primer plano en la diligencia del escritor, el centro de sus afanes y el único objetivo de sus esfuerzos. Respondiendo a la nueva orientación filosófica de la literatura, la nueva prosa no persigue comunicar nada ajeno a sí misma, nada objetivo a su propia existencia.* Por eso es objeto de cuidado más exquisito de parte de su autor. Y este cuidado—advirtámoslo desde el principio—no se traduce en la mera perfección gramatical sino en la raigambre de la labor, en la proliferación imaginativa, en la audaz y rica floración de elementos nuevos. La prosa nueva es, tal vez, poco arquitectural, pero es admirable como riqueza, como colorido, como sugestión imaginativa y, a veces, como sonoridad.

* Entre lo objetivo a la prosa puede estar y a veces está lo subjetivo respecto al escritor. Ese es el verdadero sentido del término usado.

Los representantes más autorizados de la prosa contemporánea de Chile son Marta Brunet y Manuel Rojas en la primera tendencia, y Salvador Reyes y Pablo Neruda en la segunda. Todos estos escritores son también, y en diverso grado de frecuentación y de éxito, poetas. Marta Brunet publica versos en revistas argentinas. Manuel Rojas acaba de publicar su libro lírico «Tonada del Transeunte», que ha sido bien acogido por la crítica. Salvador Reyes es autor de otro. Pablo Neruda, en fin, es casi principalmente poeta en verso. Sus libros «Crepusculario», «Veinte poemas de amor y una canción desesperada» y «Tentativa del hombre infinito» señalan una individualidad recia de poeta. Pero en estas notas vamos a examinar a estos escritores sólo como prosistas.

Marta Brunet.—La aparición de esta escritora es curiosa. Meses antes de que se hiciera público su primer libro «Montaña adentro», la autora ya era conocida de los lectores de *Alone*. El crítico literario de «La Nación» de Santiago había hablado de una joven chillaneja que había confiado a su criterio el secreto de sus ensayos novelescos. El señor Díaz Arrieta sorprendió en la principiante condiciones de primer orden, y no pudo dejar de hacer partícipes a sus lectores de la emoción recibida. Cuando salió «Montaña adentro» se vió que el entusiasmo del crítico no era excesivo. Una novelista de fuerza propia había nacido.

«Montaña adentro» es un relato campesino cuya escena ocupa los flancos de la cordillera de Lonquimay. Es esa una región literariamente virgen. Marta Brunet es, si no estamos errados, la primera persona que la escoge como campo de acción de sus seres. Estos son hombres y mujeres humildísimos, peones esclavos de la tierra. No vamos a incurrir en el delito, que alguna vez hemos reprochado, de narrar aquí lo que ocurre en la novela. No tiene objeto. Escribimos para quienes la hayan leído o, por lo menos, sientan deseos de leerla.

Analicemos los elementos de «Montaña adentro». Uno de ellos es el paisaje, que en la región escogida tiene una mara-

villosa y variada esplendidez. ¿Puede Marta Brunet ser una buena paisajista? Nos parece que no. En efecto, a la escritora le interesan en la vida de la naturaleza, seguramente porque los percibe mejor, no los aspectos visuales de las cosas—forma, color y movimiento,—sino los auditivos y olfativos. Si describe un río, dice que «regañaba en constante pugna con las piedras». Si alude a los pájaros del bosque, escribe: «De roble a roble las cachañas se contaban sus chistes interminables, riendo luego con carcajadas estridentes terminadas en i». A veces, sin embargo, se sobrepone a esta deficiencia y nos muestra en breve pincelada un aspecto valioso—puramente visual—del paisaje: «Oleaba el trigal rumoroso y sobre su oro, dos mariposas de púrpura se perseguían flameantes».

Un carácter distintivo de la descripción de la naturaleza en Marta Brunet es el animismo antropomórfico que en ella infunde. ¿Será excesivo suponer que este hecho se debe a la ya señalada incapacidad visual de la autora? Sea como fuere, citemos algunos ejemplos. En una sola página tenemos dos: «Era prima noche y las estrellas al amparo de las sombras curioseaban mirando hacia la tierra: algunas asomaban un instante su pupila de plata y se perdían llamando a las otras para luego aparecer juntas». Y: «Regañaba el río con las piedras, haciendo burla de su alán el viento con los árboles». Y más atrás: «Otros (árboles) escapados a la voracidad de la llama, deliberaban en grupos, musitándose al oído frases que luego los agitaban en reír gozoso».

La naturaleza está llena de seres vivos, animados por atributos humanos, para la autora. El viento es burlón, el río charla, los árboles deliberan: todo en la existencia del bosque tiene parecido con algo humano o reproduce actos privativos del hombre. Y no sólo en el bosque. El cielo tiene estrellas, y estas estrellas son curiosas como mujeres. Esta característica imprime al libro de Marta Brunet una vibración singular. En sus páginas, fuera de la tragedia que conmueve a los personajes, todo está animado, todo cabrillea como rayo de luz, en todo hay una vibración muy humana.

Nada de describir series ordenadas, nada de inventariar. La

escritora selecciona con riguroso empeño, y de su labor selectiva quedan sólo manojos apretados de cosas: una descripción no le ocupa más de tres o cuatro líneas, y las que hace están repartidas a lo largo del libro, sin monotonía, sin regularidad aplastadora. En «Montaña adentro» se advierte también un afán de condensación que ha llevado a la autora a la reducción de sus páginas al mínimun compatible con el buen desarrollo del asunto.

Otro elemento digno de estudio en «Montaña adentro» es la vida y la figura de los personajes, vida aventurera y triste que no tiene otros horizontes que el amor y la muerte, que a veces se entremezclan y confunden.

En la vida de los hombres del campo chileno, nuestros escritores, que han visto tantas cosas diversas, han notado siempre una singular conformidad con el destino. Es más que deseo de abandonarse al mandato de la realidad: es fatalismo e indolencia, que quitan relieve a los hechos e imponen a los seres una filosófica resignación. Cata, la protagonista de «Montaña adentro», dice un día a su madre: «¿Sabe, ñora, que voy a tener guagua?» Y esta declaración insólita define no sólo a la mujer que la ha pronunciado: define a todo el pueblo de que ella es componente. Pero aciertos de esta naturaleza abundan en la obra de Marta Brunet.

Véase, por ejemplo, cómo resume los conceptos religiosos de la madre de Cata: «De Dios tenía una idea muy vaga y si trataba de seguir los mandamientos divinos no era por amor a Dios, sino por miedo al infierno. A la que tenía verdadera pasión era a la mamita Virgen, con la cual siempre andaba en tratos, ofreciéndole rosarios y rosarios en cambio de tal o cual cosa». Utilitarismo e idolatría: tales son las notas culminantes de esta religión de los campesinos.

Personalidades masculinas bien descritas no faltan en el libro, si bien la autora revela—como es lógico—mejor comprensión de los caracteres femeninos. Una de aquellas es el famoso primero San Martín, un sub-oficial de carabineros que sienta plaza después de algunos años de bandidaje. Y ya convertido en autoridad, continúa violando domicilios, asesinando y roban-

do, ahora «en nombre de la ley». Otro tipo de sangre y hueso es Juan Oses, huaso bueno y fiel si los hay, llano siempre a reparar el mal con que un malvado afrentó a la mujer que ama. Es este un ser que reúne en sí rasgos propios de la caballería andante. Rústico adalid de los ideales caballerescos, su misión en la tierra es sufrir por los demás, defenderlos, inclinarse siempre al lado de la debilidad y protegerla contra los asaltos del mal y de la iniquidad.

La lectura de «Montaña adentro» satisface plenamente el espíritu. El relato es equilibrado, y en la obra se nota un don de armonía que no es patrimonio frecuente de las letras nacionales. Si bien la autora demuestra conocer de cerca la naturaleza y la psicología popular, no conoce menos la buena construcción literaria, el estilo y la lengua misma. Su trabajo, en suma, es algo equilibrado, proporcionado, arquitectónico, perfecta ecuación entre la riquísima materia escogida y las condiciones que la autora revela para tal género de labor.

Después de «Montaña adentro», Marta Brunet publicó una novelita más breve, titulada «Don Florisondo», en la cual se nos muestran, condensadas, cualidades semejantes a las que hemos notado en su primer relato. Pero hay aquí una diferencia. El personaje de este cuento, don Florisondo, tiene un rasgo de tanta resignación, de tan humilde y evangélica bondad de alma, que algunos comentadores han opuesto reparos al arte de la escritora. Es superior a su medio, han dicho; la gente del campo chileno no tiene esas bondades, esa ternura, esa delicadeza casi enfermiza. ¿Tiene base este reproche? Creemos que no. No se necesita poseer sino un poco de experiencia y otro poco del fatalismo, que ya hemos visto que abunda en nuestra población campesina, para justificar un adulterio en las condiciones de este. Don Florisondo es viejo, y su mujer, muy joven y muy atractiva. José Manuel, el fuerino, el que la poseyó, la sorprendió y la hizo suya a la fuerza. Pero este hombre se fué sin decir a dónde; la mujer se moría, y ¿quién iba a saber nunca el secreto de aquella vida tierna y nueva? Entonces don Flori-

sondo, ahogado de ternura, acunó a la guagua y le dirigió las viejas palabras paternales.

No; no es falso ni acomodaticio el carácter de este hombre. Es bien nuestro, bien real, y es singular valentía de la autora llevar a la escena de su obra conflictos de la naturaleza de este. Ya veremos cómo este desenfado artístico de Marta Brunet no ha sido bien interpretado por algunas personas que piden al arte lo que éste nunca podrá tener: intención moralizadora y alcance educativo, sin desviarse de su propia índole.

El segundo volumen independiente publicado por Marta Brunet—«Don Florisondo» no es sino un folleto de treinta páginas—es «Bestia dañina»*. Sigue en este libro beneficiando Marta Brunet el tema del amor y una circunstancia rica en conflictos: el matrimonio de la mujer joven con el hombre viejo. La *bestia dañina* del relato es Isabel Rojas, una muchacha a quien escoge don Santos Flores, viejo campesino que ha quedado viudo y con tres hijas, para que gobierne su hogar. Todos sus amigos ven con sorpresa este matrimonio: la elegida no es mujer de buena pasta y si accede a casarse con don Santos es porque secretamente ha decidido ya engañarlo. Y lo que todos esperaban se produce: Chabela engaña a su marido con Fanorcito, un muchacho, hijo del dueño de la vecina hacienda. El drama, en las líneas generales de su contorno, no tiene nada extraordinariamente interesante. Se deja leer con agrado porque está bien escrito y, sobre todo, por la rapidez nerviosa con que la acción corre desbocada, por despejado cauce, a su desenlace. Lo que interesa y sugestiona es la figura de don Santos. No es este un hombre vulgar. Es un ser que tiene un concepto digno, dramático de la existencia. Siempre serio, siempre rígido en su apostura de gentilhomme rústico, su vida—cree él—debe tener la limpia trayectoria del filo de una espada. No debe torcerla la pasión, ni pueden desviarla las frívolas circunstancias. Pero el azar se ríe de estos proyectos vanos. Don Santos, como todo hombre, es juguete del destino. Siempre eleva-

* Nascimento edit., Santiago, 1926.

do, siempre sobre sus coturnos, no pierde la medida o, mejor, la tremenda majestad de su apostura sino al encontrar a su mujer a medio vestir, no bien repuesta de la sorpresa que ha tenido cuando don Santos interrumpiera su deliquio. Y en ese momento, don Santos es el marido calderoniano, y mata sin piedad y hasta desea la muerte para su hija, desmayada por la emoción que le ha causado aquel instante de tragedia.

Don Santos es un retoño de los viejos hidalgos que durante siglos sostuvieron a su manera los ideales de la Edad Media y de la caballería. Tiene de ellos la rigidez de criterio y la ceguera de su propia virtud. Ha llegado al mundo para seguir una senda estrecha, para cumplir una misión importante, y no acepta desviarse un punto del trazado de su existencia. Esto le pierde. Su segunda mujer es muy joven, muy casquivana, amiga de la aventura y escasamente honorable. Pero eso no lo ve don Santos. Para él no existe la infamia. La honradez en la vida es un riel de acero del cual nadie puede osar salirse.

Si el estilo de «Montaña adentro» tiene algo señoril, si sus descripciones abundan en rasgos felicísimos, no puede decirse lo mismo de «Bestia dañina». La autora ha trabajado menos la lengua en esta novelita. Como la domina bien, no hay en su estilo deslices ni desmayos; pero tampoco hay arte refinado, exquisitez y vibración verbal. En su estado presente, esta obra más parece el esbozo apresurado de un drama que un trabajo definitivamente anclado en la novela. En autor de menor riqueza lingüística, el reparo no tendría importancia. En Marta Brunet, que ha demostrado ser tan capaz de insuflar en las palabras una vida propia, tallando con relieve profundo un estilo que es el suyo y que no puede ser sino suyo, la ausencia de este elemento—tan decisivo en la literatura—se hace sentir.

Fuera de esto, hay en «Bestia dañina» algunos personajes secundarios que tienen valor considerable. En las escenas del matrimonio aparecen y desaparecen estos seres en los cuales la autora ha mirado muy adentro. Son personajes ridículos, por lo general, en los cuales la pulcritud se ha vuelto cursi y cuya sola vista provoca la sonrisa. ¿Cómo olvidar esa mujer a quien

la autora hace decir, a propósito de un diente cuyo brillo llama la atención del concurso, que «es de oro puro»?

La última producción de la autora en el género de la *nouvelle* es un relato titulado «María Rosa, flor del Quillen»*. Los que quieran ver en esta breve novela una repetición de la autora se equivocan. Las líneas generales del asunto recuerdan a «Bestia dañina» y, por tanto, a «Don Florisondo». Lo que quiere decir que en «María Rosa, flor del Quillen» hay nuevamente un hombre casado con una mujer que la engaña. Pero eso no es todo.

A María Rosa la llaman flor del Quillen porque es una mujer ejemplar. Muy jovencita, sus padres la casaron con don Saladino Pérez, vecino muy importante, viudo y entrado ya en la sesentena. Las habladurías empezaron en seguida, pero poco a poco fueron acallándose. María Rosa no daba motivo alguno de murmuración. Seria, recogida, grave, alejaba con la frialdad de sus miradas a todos los galanteadores a quienes no había ahuyentado ya su fama de honrada. Pero a Pancho Ocares, el mozo menos interesante de los alrededores, debía corresponder el privilegio de empañar su honra. Era el tal Ocares un fantarrón que perseguía a las mujeres por pura concupiscencia y por darse pisto con el número de sus conquistas. Y después de soportar las repulsas de María Rosa, después de mostrársele humilísimo adorador, Pancho Ocares la posee sin resistencia de ella. La mujer al cabo de tantos meses de asedio había sido ya dominada por el amor y por el deseo.

Pero entonces sucede una cosa extraña. El hombre, jactancioso, tiene la villanía de decirle a María Rosa que no la quiere y que si la ha perseguido y enamorado es sólo porque así lo había asegurado a sus amigos, con quienes había trabado una apuesta. El asedio de varios meses toma así a los ojos de María Rosa todo el aire odioso de una competencia. La mujer, al oír esta confesión inesperada, se rebela contra su dominador, lo arroja a golpes de rebenque de la estancia en que ambos se hallan y

* Publicada en «Atenea», núms. 2 y 3 de 1927.

azuza a los perros que guardan la casa para que muerdan los talones del sorprendido galán. Y como en ese momento pasan por el camino dos de los mozos a quienes Pancho Ocares había desafiado con su apuesta, María Rosa interpreta a su favor las apariencias. Nadie sabrá que la flor del Quillen ha cedido. ¿No salió Pancho Ocares seguido de los perros de su casa y no tenía aún en la mano María Rosa el rebenque con que había cruzado la cara del osado?

Esta peregrina conclusión ha sugerido a algunos espíritus inquietudes morales. Tal ha sido el carácter de una carta enviada por una corresponsal anónima a don Hernán Díaz Arrieta y publicada por éste en *La Nación* de Santiago, en una de sus crónicas dominicales de crítica literaria. Pero la conclusión de la obra no es lo único que puede suscitar rubores en mejillas aún no tocadas por el *rouge*. He aquí una divagación que seguramente ha sido leída con sorpresa por muchos de los admiradores de la escritora: «Se guarda a la jovencita en espera de que llegue el marido, porque ya que no la religión y la moral hace preferible el marido al amante, lo hace la conveniencia de gozar cierto prestigio por estar «bien casá». Se guarda a la jovencita. La jovencita espera con los ojos bien abiertos. ¿Qué misterio habrá para ella si vivió con sus padres en un cuarto común, si la naturaleza que la rodea revela también a cada paso su secreto?. Espera, espera, espera... ¿Pasó la flor de la edad? ¿No tiene ya la tez el aterciopelado de los duraznos? ¿No está la carne prieta y apetitosa? Entonces... ¡Bah! La fruta madura cae, si una mano no la coge a tiempo. La joven... ¿Cayó? ¿Rodó? Ella bien sabía. ¡Para qué fué tonta! Y la vida, indiferente, sigue su canción de goces, de dolores, de noblezas, de vergüenzas».

Esta cita, acaso demasiado dilatada, nos informa sobre uno de los motivos de los aludidos reproches de carácter moral a la obra de Marta Brunet. Otro motivo tiene que ser el final de la novela, que ya hemos contado. Pero ¿hay razón para estos reparos? Cedamos la palabra al mismo crítico, que ha resumido de manera insuperable una doctrina literaria que no siempre se

tiene presente al juzgar del grado de moralidad de una obra artística: «El caso de esta autora constituye una de esas excepciones que encuentran desprevenido al público. Se necesitaría cierta educación previa para no resistirla. Sería necesario destruir la idea de la literatura femenina tradicional, hecha como los dulces de almíbar, «por mano de monja», relajante de azúcar y envuelta en merengue esponjado. Sería necesario inculcarles a los lectores la convicción de que un autor no es hombre ni mujer, ni soltero ni casado, ni de buena o mala compañía, sino que es una inteligencia, un corazón, una voz de la humanidad dotada de la facultad de transmitirse».

Nada más diáfano que el mundo moral de Marta Brunet— es decir, de sus creaciones literarias—. Sus seres, simples, de escueta arquitectura, están vistos por dentro y actúan tan cerca de nosotros, que nos parece ser, al término del relato, no sólo espectadores y testigos de sus movimientos y reacciones espirituales, sino amigos de sus almas rectilíneas. Sin intenciones preconcebidas, la autora narra con don de imparcialidad. Flaubert buscaba, como cifra ideal de su arte, semejante independencia del ser literario respecto de su creador. No es aventurado afirmar que Marta Brunet ha alcanzado a situarse en la región en que el personaje creado pasa a tener tanta virtud de sugerencia como el natural. No se hable de copia, más o menos feliz, de la naturaleza. En este caso lo único seguro es la fuerza de la creación, que despega al ser novelesco del papel impreso y lo arroja a la escena de la vida, con fuerza subsistente para subsistir allí.

Alguien dijo una vez que en las venas de los personajes de Balzac no corría tinta de imprenta sino sangre, caliente sangre roja como la que marca en la sístole y en la diástole el ritmo cordial. Así en la obra literaria de esta joven mujer que mira con ojos claros, limpísimos, la perspectiva del mundo a través del cristal de su arte.

RAÚL SILVA CASTRO.

NOTICIARIO

EN la última promoción de la Legión de Honor de Francia han sido hechos caballeros de la Legión dos escritores, Mario Meunier y Guy de Pourtales, y han sido ascendidos a gran oficial Marcel Prévost y a oficial Pierre Janet, el conocido profesor de Psicología.

—En un número reciente de *Les Nouvelles Littéraires*, el crítico Adolphe Falgairolle comenta el libro titulado «Histoire du Chili» que ha publicado en París el escritor chileno Leonardo Pena.

—Se anuncia el hallazgo de algunas notas inéditas de Dostoyevski. Se trata de un cuaderno de apuntes dado por el autor de «Crimen y castigo» a la mujer de un oficial de marina que había abandonado su carrera para intentar la de las letras. Su fecha es Octubre de 1860. Se dice que, entre otros detalles interesantes que aporta para el mejor conocimiento de la fisonomía moral de Dostoyevski, por él se viene a saber que la prisión siberiana no quebró la resistencia moral del escritor sino, por el contrario, sirvió como potenciador de su espíritu. Este cuaderno, cuya edición se anuncia para dentro de poco, ha sido adquirido por el Museo Dostoyevski de Moscú.

—El premio Nobel correspondiente a 1926 ha sido otorgado a Grazia Deledda, novelista italiana de cuarto o quinto orden. Una vez más la crítica internacional se ha preguntado qué criterio es el que preside las atribuciones de estas recompensas. No puede ser sólo un criterio literario. De atender a él, habrían

ya obtenido la preciada recompensa d'Annunzio, o Wells, o Gorki o cualquiera de tantos otros escritores de primera fila.

—Georges Normandy acaba de publicar un libro titulado «La fin de Maupassant». Este libro, que lleva por subtítulo «L'humble vérité», evoca en forma vivamente coloreada los últimos años de la vida de Maupassant atormentados por la tremenda enfermedad que había de enloquecerlo primero y luego matarlo.

—André Lamande, en la colección «Le roman des grandes existences» se ha ocupado en establecer los rasgos principales de «La vie gaillarde et sage de Montaigne». Este libro tiene el lugar undécimo de dicha colección.

—El escritor ruso-francés André Levinson anuncia la publicación de un volumen de estudios literarios titulado «Croisières». En él se leerán artículos sobre Tomás Mann, Chesterton, Pirandello, José Conrad, Bontempelli, Stefan George, Sinclair Lewis, etc. El volumen irá enriquecido con un prólogo de Paul Valéry.

—Otro libro crítico es el de Benjamín Crémieux, intitulado «Panorama des lettres italiennes», en el que se emprende la tarea de informar al público francés sobre los escritores de mayor actualidad en Italia.

—En París se ha inaugurado un monumento al poeta belga Verhaeren. En el acto de inauguración, usó de la palabra, en nombre de la Academia Francesa el poeta Paul Valéry.

OMEGA

EX - LIBRIS

LAS BIBLIOTECAS EN LOS ESTADOS UNIDOS, por *Ernesto Nelson*. *Biblioteca Interamericana* (Dotación Carnegie para la Paz Universal).—Nueva York, 1927.

El ilustre catedrático argentino don Ernesto Nelson, a quien conocíamos ya por su obra «Nuestros males universitarios», da cuenta detallada, en este volumen de 400 páginas, de la historia, desarrollo, organización, funcionamiento y cuánto tiene relación con las bibliotecas en los Estados Unidos. Dedicó este libro a sus hermanos de raza, en la esperanza de que contribuya a impulsar, siquiera en pequeñísima medida, el progreso bibliotecario de los países de nuestra habla.

Proverbiales son las características de las bibliotecas norteamericanas: su número increíble, la administración activa, su intensa obra de difusión cultural, la ayuda privada con que cuentan, etc. La obra estudia en forma completa y metódica todos estos aspectos, incluso el de la formación de los bibliotecarios, y da amplias informaciones estadísticas.

Demuestra claramente cómo la biblioteca no debe ser sólo el auxiliar de los eruditos y hombres de alta cultura en general, sino también una ayuda adecuada para las industrias y el comercio, y, sobre todo, el medio normal de perfeccionamiento de *todo ciudadano*.

MARÍA GRUBBE, por *Jens Peter Jacobsen*. *Editorial Cervantes*.—Barcelona, 1927.

La maestría de Jens Peters Jacobsen para describir ambien-

tes y caracteres, lo coloca entre los mejores autores contemporáneos, y, seguramente, le dan un primer lugar entre los de su nacionalidad. Este danés llena cualidades diversas,—como su técnica admirable, su estilo, su profundidad de ideas, sus análisis psicológicos,—en condiciones de perfecto equilibrio.

La protagonista, María Grubbe, resiste comparaciones con las más geniales creaciones femeninas de la literatura. Su vida accidentada, que comienza en las altas esferas que corresponde a una princesa y termina en la miseria de un ambiente de saltimbanquis, da motivo para acumular en la obra todos los elementos que pueden hacerla interesante y variada.

LA ESTÉTICA INGLESA DEL SIGLO XVIII, por *Francisco Mirabent Vilaplana*.—*Editorial Cervantes*. Barcelona, 1927.

El autor, profesor de la Universidad de Barcelona, ha merecido por esta obra un premio extraordinario de la Universidad de Madrid.

Es interesante observar que, hasta aquí, los tratadistas han afirmado que el punto de partida de las ideas estéticas modernas se encuentra en los pensadores alemanes del siglo XVIII. En cambio, este ensayo tiende a demostrar valores estéticos ingleses del mismo siglo, y que serían, por su influencia en Alemania y por la época en que fueron establecidos, los antecedentes inmediatos de la estética kantiana.

La estética del siglo XIX, representada por el idealismo hegeliano, el romanticismo y la estética sociológica, ha perdido su valor paulatinamente desde la aparición del realismo. Desde esta última escuela hasta la fecha, se ha procurado buscar fundamentos más puros para el arte, que los componentes pasionales y de orden intelectual que afanaban a artistas del siglo XIX; y el autor de la obra de que damos noticia cree ver en la obra de los estetas ingleses del siglo XVIII la teoría primera que corresponde a la sensibilidad de hoy.

El ensayo del profesor Mirabent constituye una investigación metódica de la estética que aún se encuentra en formación y

que al decir de los modernos, tiene una larga trayectoria por recorrer antes de agotar su contenido.

MEJICO ANTE EL MUNDO, por el *General P. Elías Calles*.
Editorial Cervantes.—Barcelona, 1927.

El Jefe del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación de Méjico, señorita Esperanza Velásquez Bringas, ha compilado en esta obra diversos artículos periodísticos, discursos, mensajes y declaraciones del Presidente de la República.

La política actual de Méjico ha planteado en un terreno de soluciones inmediatas los problemas que más hondamente afectan a los países latino-americanos, seguramente porque ese país los sufría más intensamente; y ello explica el interés que ofrece una publicación de esta naturaleza.

La franqueza de las declaraciones y la forma directa de aludir a toda clase de intereses contrastan con la política de rodeos y disimulos que se había hecho proverbial en la corta vida de los países latino-americanos.

Siempre son el nacionalismo—social y económico—y la cuestión religiosa los puntos de mayor expectación.

GLOSARIO DE REVISTAS

Un panteón de cerebros

No vamos a tratar de una realidad, sino de un proyecto que se encuentra a punto de ser llevado a la práctica. Así empieza diciendo el periódico del cual extraemos esta curiosa noticia. En Rusia se ha insinuado la creación de un Museo o Panteón de Cerebros. No tiene este proyecto sino un objeto científico: se trataría de los cerebros de escritores, artistas, hombres de ciencia, políticos eminentes. De todos aquellos seres, en fin, a quienes la sociedad debe algo.

El autor de la idea es un sabio, Bekhteref, miembro de la Academia de Ciencias de Rusia, reputado neurólogo y buen escritor. El doctor Bekhteref, en un artículo publicado en *Izvestia*, ha dicho: «En estos últimos años hemos perdido, uno tras otro, muchos hombres de gran valor: los pintores Kustodief y Vasnetsof, los poetas Esenin (el marido de la infortunada Isadora Duncan) y Alejandro Blok, grandes leaders políticos como Dzerjinski y Frunze, sabios miembros de

la Academia de Ciencias como Svetlof y Kravkof, etc. Lloramos a todos estos talentos desaparecidos, nos acordamos de sus inapreciables servicios y, sin embargo, sin la menor vacilación, entregamos a la tierra o incineramos estos muertos. Sus cerebros creadores los dejamos entregados a los gusanos o reducidos a cenizas. Nadie piensa en conservar para la posteridad esta parte, que es la más preciosa de sus cuerpos, la que presidía su actividad intelectual, el misterioso receptáculo de su genio o de su talento.

«Cuando se pone en la tumba el cuerpo de una personalidad ilustre, se comete, pues, una falta irreparable. Se prohíbe el examen apasionante de su cerebro, de sus circunvoluciones, de todas sus particularidades anatómicas, de ese mecanismo infinitamente complejo en que reside esa esfinge que llamamos el genio. El estudio científico del genio está aún en la infancia, pero, ¿podrán hacerse progresos en este dominio si se priva voluntariamente del objeto mismo que interesa

someter a nuestras observaciones?

En seguida el doctor Bekhteref narra la experiencia que la casualidad le ha permitido realizar sobre el cerebro del químico Mendeleef. Gracias a la autorización de la viuda de este hombre de ciencia, su cerebro ha sido entregado al museo anatómico del Instituto de Ciencias Médicas. También ha examinado el doctor Bekhteref otros cerebros, especialmente los de dos músicos célebres. En ambos ha hallado caracteres anatómicos idénticos que dan mucha luz sobre el problema, tan debatido, de las localizaciones cerebrales. El investigador ha podido observar en los dos cerebros aludidos, un extraordinario desarrollo del centro auditivo, situado, según las nociones clásicas, en la pri-

mera circunvolución temporal.

Basado en estas consideraciones, el doctor Bekhteref pide, pues, la formación de un panteón de cerebros, a fin de permitir a los investigadores del futuro, la experimentación sobre materia de tanta importancia científica. No pretende hacer este hombre de ciencia uno de tantos panteones en que sólo se fomenta la idolatría póstuma, sino un centro de investigación que tendría especial importancia para la neurología.

Según noticias posteriores el Gobierno de los Soviets, al cual dirigía sus observaciones el doctor Bekhteref, ha consentido en la creación de este Panteón, que debe ser inaugurado en Noviembre, junto con la celebración del décimo aniversario de la república soviética.—S.